

Fernández Sánchez, José

Discurso leído ante el claustro de la Universidad Central : en el solemne acto de recibir la investidura de doctor en Filosofía y Letras. Decadencia del Imperio Romano. Causas principales que la determinan. Sus efectos en la civilización del antiguo mundo / por José Fernandez Sanchez.

Madrid : Imprenta de las Escuelas Pias, 1863.

Vol. encuadernado con 16 obras

Signatura: FEV-AV-M-01412 (13)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

DISCURSO

leído ante el Claustro

DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL,

EN EL SOLEMNE ACTO DE RECIBIR

LA INVESTIDURA DE DOCTOR EN FILOSOFIA Y LETRAS,

POR

D. José Fernandez Sanchez,

Licenciado en la misma Facultad y Catedrático de Retórica y Poética
en el Instituto de Guadalajara.



Madrid,

IMPRENTA DE LAS ESCUELAS PIAS.
Calle de Embajadores, núm. 49.

1863.

Al Sr. Dr. D. Vicente la Fuente, Ca-
tedrático de Disciplina eclesiástica en la
Universidad Central, en testimonio de
respeto y gratitud

Su afmo discípulo y S. S.

José Fernández y Sánchez

DECADENCIA DEL IMPERIO ROMANO. — CAUSAS PRINCIPALES QUE LA DETERMINAN. — SUS EFECTOS EN LA CIVILIZACION DEL ANTIGUO MUNDO.

DE LA LEY DEL IMPERIO ROMANO — LEYES PRIMARIAS
LAS QUE LA ORGANIZAN — LOS CRIMENES EN LA
CIVILIZACIÓN DEL MUNDO
Los pueblos, como los individuos, tienen sus instintos
instintos y sentimientos, las lo cual no se ve otra cosa que
instintos y sentimientos. En la primera época, sin conside-
rar el derecho que les da, ellos solos se comportan al
instinto de la propia conservación y de sociabilidad, gra-
cias por las en el momento del hombre, alabamos tras-
paso de la vida de otro. No muy lejos son estos los
elementos de vida de toda sociedad primitiva, en la
segunda época la ley es la ley superior del estado, que
se establece por el consenso en el orden político, y por el
consenso en el estado. El mismo período de reflexión
actúan lo mismo en el estado que en el individuo, se de-
claran y desaparecen de una sociedad que se exten-
de, con mayor o menor grado de constitución, una vez
vez, hasta de vida y muerte. Y no se aver por uno que
necesario es recurrir a la legislación en el estado de
crisis, como sucede en los individuos que están justos

ILLMO. SEÑOR:

Los pueblos, como los individuos, tienen su infancia, juventud y virilidad, tras lo cual no se ve otra cosa que decrepitud y muerte. En la primera época, sin constitucion ni derecho que los rija, ellos solos, abandonados al instinto de la propia conservacion y de sociabilidad, grabado por Dios en el corazon del hombre, elaboran trabajosamente la una y el otro. No muy fijos aun estos dos elementos de vida de toda sociedad bien ordenada, en la segunda época la fuerza es la ley suprema del estado, que se traduce por despotismo en el órden político, y por el poema épico en el arte. El último período, de reflexion madura lo mismo en el estado que en el individuo, es de crisis y descomposicion de una sociedad que se derrumba, con cuyos escombros han de constituirse otras nuevas llenas de vida y lozanía. Y no se crea por esto que nosotros encerramos á la humanidad en un círculo de hierro, como asentó con mas ingenio que verdad histórica

el profundo Autor de la «Ciencia nueva.» La humanidad marcha progresando, y bien que no en línea recta, pero el *stote perfecti* de nuestro divino Salvador es tan obligatorio y no se realiza menos en la humanidad que en el individuo.

Sin embargo, está decretado en los planes de la Providencia, que los pueblos desaparezcan de la historia, una vez que hayan realizado su fin. ¿De qué nos admiramos, pues, que pese la lesa del olvido sobre el misterioso Oriente con su brillante y espléndida civilización, y que Grecia y Roma, que casi tocaron el ideal del arte y del derecho, hayan también desaparecido? Aquellos pueblos habían sentado ya su piedra en el edificio de la historia, y después de haber alumbrado al mundo con los rayos de su civilización, debían desaparecer para dar paso á otros y otros que sucesivamente le fueran completando.

El estudio de la decadencia de los pueblos es uno de los temas en que con mas preferencia debe ocuparse el historiador filósofo, no solo porque de aquí sacará lecciones muy provechosas para los pueblos que hoy viven, y para las generaciones que nos han de suceder; sino también, y muy principalmente, porque á él mas que á nadie, incumbe disipar la antítesis que en la apariencia existe entre el hundimiento de los imperios, y el creciente progreso de la humanidad.

Bajo este punto de vista, nada mas importante que la historia del pueblo-rey, de ese pueblo que después de ser el soberano legislador de las naciones, y

Ante quien muda se postró la tierra.

como dice nuestro inmortal Rioja, hablando de uno de sus mas célebres emperadores, vino á morir una muerte

vergonzosa, digna por cierto, de la cuna que habia medido los primeros días de su existencia. No seremos, sin embargo, nosotros de los que lloran sobre las ruinas del poder romano. De otro modo preciso seria olvidar el abismo que mediaba entre la desgastada civilizacion latina y las nuevas ideas políticas y religiosas bajo cuyo imperio vivimos.

Estudiemos, pues, aquel hecho tan trascendental, y formulemos nuestra tésis en los siguientes términos: **DECADENCIA DEL IMPERIO ROMANO.—CAUSAS PRINCIPALES QUE LA DETERMINAN.—SUS EFECTOS EN LA CIVILIZACION DEL ANTIGUO MUNDO.**

I.

Las causas de la decadencia de un pueblo, son negativas de las de su engrandecimiento, por cuya razon creemos de nuestro deber examinar, siquiera someramente estas últimas, para comprender mejor las primeras.

Cuatro cosas principalmente hicieron que Roma pudiera llamarse con toda propiedad *Señora del mundo*.

1.° El carácter de sus conquistas, de sus guerras y de su colonizacion.

2.° El haber tomado lo mejor de los pueblos sometidos.

3.° Sus grandes hombres.

4.° El carácter de sus magistraturas.

Relativamente á la primera de estas causas de engrandecimiento, Roma en sus principios, lejos de enflaquecer, su accion, comprometiéndose en espediciones remotas, como lo habian hecho los fenicios y despues los cartagi-

neses; se limitó á conquistar sucesivamente, y sin dejar en pos de sí ningun enemigo, los pueblos de la península. Si á esto se añade la equitativa proporcion con que repartia el fruto de sus triunfos, distribuyendo el botin entre los soldados, y las tierras entre los demas habitantes de la ciudad; no nos será difícil alcanzar como aquella Roma, que con tan maravilloso arte supo encender el patriotismo de sus hijos, se hizo con el tiempo la señora del mundo. El estado de los pueblos contemporáneos favorecia tambien las empresas de la ciudad de Rómulo. En efecto los innumerables ejércitos de Jerjes y Dario habian sucumbido en Salamina, Platea y las Termópilas; en el Gránico, Isso y Arbelas; y el pueblo de Milciades y Demóstenes habia caido en la mayor postracion, enervando sus fuerzas, y amortiguando su patriotismo, merced al egoismo ambicioso de algunos, al lujo y corrupcion de los mas, y al espíritu voluble y novelero de todos. De modo que no tropezando los romanos en su marcha invasora con ningun pueblo que le opusiera armas de tan buen temple como las suyas, ató sin grave dificultad al carro de sus triunfos á todas las naciones.

Las primeras conquistas no sacaron á los romanos de una pobre medianía, porque siendo los pueblos de Italia esencialmente agrícolas; toda su riqueza consistia en frutos y terrenos que difícilmente bastaban á satisfacer sus mas perentorias necesidades. Así que la guerra tenia que ser la principal necesidad del pueblo de Rómulo. Nacido en el estruendo de las armas y cercado en su ciudad por pueblos enemigos, no podia establecer la mas ligera tregua sin herir de muerte su propia constitucion. Benéfico fué para Roma el reinado de Numa, que al fin los sentimientos pacíficos de aquel hijo de la Sabina, suavizaron algo la salvaje rudeza de los bandidos,

puestos á las órdenes del hijo de Rea-Silvia. Pero la paz de que disfrutó Roma durante aquel reinado, erigida en sistema, habria fijado para siempre sus destinos, y su civilizacion que meció la cuna de todos los pueblos modernos, se hubiera agostado, pasando por la historia fuzgaz como un meteoro y sin dejar apenas recuerdo alguno de su existencia. Ahora bien, si la vida del pueblo-rey era la guerra, y los otros no podian medrar sino con la paz; los pueblos todos habrán de rendir parias á aquel tirano de las naciones, que en su insensato orgullo, nunca, ni aun en las circunstancias mas críticas, hizo las paces, sino imponiendo la ley del vencedor. Porque ¿á qué firmar un tratado vergonzoso para ir luego á continuar la guerra con otros pueblos?

Roma aseguró los triunfos de sus armas por medio de un sistema de colonizacion perfectamente calculado. Apenas sometido un pueblo, el Senado, alma de la política romana, lleva á la ciudad á los mas principales de los vencidos; dando á su vez lo mejor de las tierras conquistadas, para que las poblasen, á ciudadanos pobres, y á antiguos legionarios. Marchaban estos con el augur y el agrimensor, que distribuían las nuevas tierras entre los emigrados, y echaban los cimientos de una ciudad en todo semejante á la metrópoli, con sus cónsules en los duumviros, sus censores en los quinquenales, sus pretores en los decuriones. De este modo Roma conseguia muchas cosas á la vez, y todas de trascendencia suma en sus destinos. Porque en efecto los vencidos llevados á la ciudad, eran una garantía de la constante sumision de los pueblos conquistados; mientras que la nueva colonia con su lengua, costumbres, leyes y religion iba poco á poco borrando los caractéres propios de cada localidad, haciendo de esta suerte mas soportable el pesado yugo

de Roma. Pero no era este el único servicio que prestaban las colonias. De allí sacaba la república sus mejores soldados, y ellas eran además un punto admirablemente estratégico para invernar, retirarse, ó en cualquier otro caso imprevisto en la suerte de las armas.

Otra de las causas principales del engrandecimiento de Roma fué, que habiendo combatido sucesivamente contra todos los pueblos del mundo, de todos ellos tomó lo mejor, renunciando sus propios usos y tradiciones. En cuanto conoció la espada española abandonó la suya, y supo con maravilloso arte eludir la ciencia de los pilotos inventando nuevas máquinas. «No perdonó medio alguno hasta adquirir caballos nómadas, arqueros cretenses, honderos baleares, barcos rodios (1).» De este modo Roma, mucho más humanitaria que el Oriente y Grecia, y despreciando las ciegas preocupaciones y necio orgullo del uno y la otra, pudo con mayor prudencia, y más seguro instinto de sus propios intereses, asimilarse muchas instituciones de los pueblos vencidos, para después subyugarlos. ¿Quién sabe si los griegos y macedonios hubieran sucumbido tan pronto ante el poder de Roma, presentando frente á frente de la legion un cuerpo algo menos pesado que la falange?

Mucho contribuyeron á robustecer las instituciones romanas sus grandes hombres. Examínese la historia de sus monarcas, y se verá que todos ellos han sido personajes eminentes. El mismo Tarquino, mal comprendido por la posteridad, y á quien tan injustamente han denigrado los historiadores, ¿no dió repetidísimas muestras de sus grandes talentos políticos y militares, lo mismo en la prosperidad que en la desgracia, y siempre de su

(1) Montesquieu, *Grand. et decad. des rom.*, chap. 2.

carácter enérgico y constante? Los reyes, pues, crearon aquella magnífica institución, que á su vez produjo hombres de la talla de los Camilos y Cincinatos; de los Fabios, Gracos y Escipiones.

No fueron las que menos esplendor dieron á Roma sus magistraturas; y si bien algunas de ellas fueron causa de eternos disturbios; pero no puede negarse que en general, y principalmente el consulado, dieron á las instituciones romanas aquel carácter austero que tanto las distingue, al propio tiempo que siendo el alma de las dos cuestiones, la política y la social que constituyen el fondo de la historia de Roma, le imprimieron aquella actividad y constancia, que tan enérgicamente revelan los hechos del pueblo-rey.

De este modo alcanzó el pueblo romano un extraordinario poder que nunca conoció rival y que le dió el imperio de todo el mundo.

Sin embargo, no podia emanciparse de la ley histórica en virtud de la cual á un período de engrandecimiento se sigue otro de triste decadencia. Es mas (y esto tambien lo confirma la historia de todas las naciones) la decadencia de un pueblo está en razon de su engrandecimiento; por manera que si este ha sido extraordinario y duradero, largos siglos marcarán tambien su postracion. Y si no es bastante á confirmar esta verdad, la historia de los imperios asirio, medo y persa; la del Egipto y Grecia; ahí tenemos la triste agonía del imperio romano, prolongada por muchos siglos hasta que la prostituida Constantinopla abrió sus puertas á Mahomet II.

La decadencia de Roma es ya un hecho en tiempo de los Gracos, por mas que en la apariencia, los triunfos de sus armas, el esplendor de sus conquistas y el universal pavor que su solo nombre infundia, velaran algun

tanto el cáncer que, lenta, pero progresivamente, iba corroyendo los cimientos de su fortísima institución.

Estudiando á fondo la historia del pueblo-rey, y buscando las causas que determinan su decadencia, no vacilamos en señalar como principales las siguientes :

- 1.º La desmedida estension de sus conquistas.
- 2.º Sus luchas intestinas.
- 3.º La corrupción de costumbres.
- 4.º El presentimiento de una renovacion universal, realizado por el cristianismo.

II.

Acabamos de ver cómo una de las causas que mas contribuyeron al engrandecimiento de Roma, fué el carácter de sus conquistas. Si se hubiese contenido dentro de los límites que la prudencia, de acuerdo con las prescripciones de la mas sana política, le aconsejaba; nunca Roma hubiera sucumbido bajo el peso de sus propios triunfos. Limitado su imperio á los pueblos de la península, su historia, sin ser tan espléndida y brillante, hubiera sido mucho mas humanitaria y ejemplar; y sin perder nada de su influencia en el sentido de la universalidad, habria sido mas duradera, á no haber abusado tan exageradamente de los medios que en sus propias tradiciones encontraba.

Cuando en los principios Roma era únicamente señora de Italia, la república tenia todos los elementos para subsistir. El soldado, antes que todo era ciudadano, y como tal tenia un interes sumo en la conservacion y engrandecimiento de su patria. Cada cónsul podia declarar una

nueva guerra (1), llevando consigo gente de refresco, mientras otros ciudadanos regresaban á sus lárés para descansar, y otros se preparaban para nuevas fatigas bajo la conducta de los *cónsules designati*. El Senado vigilaba de cerca la conducta de estos y de los demas generales, previniendo así toda tentativa de independencia por parte de los jefes, y manteniendo en todos incólume la disciplina militar, nervio y salvaguardia de la república.

Por esta razon Roma, no solo no perdió nada con las invasiones de los Galos, de Pirro y de Annibal, sino que por el contrario, le fueron provechosas por mas de un concepto.

El Asia y la Europa conservan aun terribles recuerdos de aquellos Galos, que con colores tan espantables nos describe Polibio. La espada y la fuerza son su ley, y con ella dejan desiertas las ciudades al solo anuncio de su llegada. Establecidos por fin en el Norte de Italia, no cesaban de inquietar á los pueblos del Lacio con sus bruscas acometidas. Roma, sin embargo, será el único entre todos los pueblos de la tierra, que triunfará de ellos aniquilando su poder; y si todavía despues de la mas terrible de sus acometidas, la de Brenno, vuelven á presentarse otras cuatro veces; acostumbrados ya los romanos á su manera de pelear, no les será difícil vencerlos (367-358-350 a. de J. C.) á las órdenes de Camilo, C. Sulpicio y Popilio Lenas; viniendo por fin las empresas de Manlio Torcuato y Valerio Corvo á librar á Roma del peligro en que la habian puesto aquellos terribles enemigos.

Fortuna grande fué para los romanos tener que hacer frente en su propio suelo al ejército de Pirro. El prestigio que dió á su nombre el triunfo sobre la experiencia y la

(1) Recuérdese que la guerra continua y sin descanso fué una de las principales causas del engrandecimiento de la ciudad.

sagacidad de uno de los mas grandes generales que registra la historia, es indefinible. Pero no solo bajo este punto de vista sacó Roma provecho de la invasion del rey de Epiro, sino que en ella tuvo ademas la mejor escuela de sus futuros triunfos. «La guerra de Pirro, dice Saint-Evremoud (1), despertó el genio de los romanos: con un enemigo de tanta esperiencia se hicieron mas industriosos y avisados que antes. Encontraron medios para defenderse contra los elefantes que habian introducido el desórden en las legiones á la primera acometida. Evitaron los llanos y buscaron lugares ventajosos contra una caballería que en mal hora habian despreciado. Aprendieron á formar su campamento segun el modelo del de Pirro, despues de haber admirado el órden y la distincion de sus tropas, mientras que entre ellos todo era confusion.»

Pero donde los romanos mostraron lo mucho que valian y todo lo magnífico y robusto de su institucion fué en las guerras púnicas, sobre todo, en la segunda. Derrotados por Annibal en las famosísimas jornadas de Tesino, Trebia, Trasimeno y Canas, parecia imposible que Roma sobreviviera á tan espantosa catástrofe. Y sin embargo no flaquea, y el Senado sobre todo ni un solo momento llega á dudar de la salvacion de la patria (2).

(1) *Reflexions sur les divers génies du peuple romain dans les differents temps de la republique*, chap. 6.º

(2) Rome fut sauvée par la force de son institution. Après la bataille de Cannes, il ne fut pas permis aux femmes mêmes de verser des larmes; le senat refusat de racheter les prisonniers, et envoya les misérables restes de l'armée faire la guerre en Sicile, sans récompense, ni aucun honneur militaire, jusqu' á ce qu' Annibal fût chassé d'Italie.

D'un autre côté, le consul Terentius Varron avait fui honteusement jusqu' á Venouse, cet homme, de la plus basse naissance, n' avait été élevé au consulat que pour mortifier la noblesse. Mais le senat ne voulut pas jouir de ce malheureux triomphe; il vit com-

«Desde entonces, dice Bossuet (1), resolvieron los romanos, según las antiguas máximas, no escuchar en tan riguroso trance ninguna proposición de paz. Admiróse el enemigo, respiró el pueblo y recobró valor, creyendo tener recursos que solo el Senado en su prudencia conocía.»

Aquí empieza á eclipsarse la estrella de Annibal, quien despues de algunos descalabros, y muerto desgraciadamente su hermano Asdrubal, se vió obligado á abandonar la Italia, eterno sueño de sus aspiraciones.

Tenemos ya á Roma colocada en el apogeo de su esplendor. ¿Quién se atreverá á resistirla? El terror que su solo nombre inspira á pueblos y reyes es universal. Antioco abandona el Egipto, cuya conquista casi ya habia realizado, á la menor insinuación de un simple embajador romano, Popilio Lenas; Prusias II, rey de Bitinia, vil asesino de Annibal, se deshonorra en Roma con las bajezas de un esclavo; y el hijo de Masinisa deposita su degradada corona á los pies de los padres conscriptos. El Senado esplota maravillosamente tan universal pavor, y arrojando la máscara con que hasta entonces habia encubierto su desmedida ambición, quiere que desde entonces Roma sea y se llame *Señora del mundo*. Pocos años le bastarán para conseguirlo. Las derrotas de Filipo en Cinocéfalas (199) y de su hijo Perseo en Pidua (168) harán de la Macedonia una provincia romana. Tambien bajo el nombre de Acaya lo será la Grecia despues de la toma é incendio de Corinto (146) por el bárbaro L. Mummio. Derrotado Antioco, primero en las Termópilas (191) y

bin il etait nécessaire qu'il s'attirât dans cette occasion la confiance du peuple: il alla au-devant de Varron, et le remercia de ce qu'il n'avait pas désespéré de la république. Montesquieu, *Grand et décad. des rom.*, ch. 4.º

(1) *Disc. sur l'Hist. univer. troisième partie*, ch. 6.º

despues en Magnesia (190) los romanos se harán dueños de toda el Asia menor hasta el Tauro. Provincia romana será tambien la España y las Galias, en una palabra, el mundo todo. Y sin embargo, estas conquistas empezarán á debilitar al pueblo-rey, que habia llegado al punto fatal, en que no pudiendo conservarse aquellas, debian los vicios forzar todas las barreras y minar los fundamentos del órden social.

En efecto, mientras que Roma desplegó sus fuerzas, únicamente contra los pobres y belicosos habitantes de la Italia central, conservó sus costumbres rudas y guerreras; pero cuando sus legiones salieron de la Italia para recorrer el mundo desde las columnas de Hércules hasta el monte Tauro; entonces los soldados empezaron á perder su espíritu nacional; y los generales, que tenian conciencia de sus inmensos recursos y de lo mucho que valian, no pudieron determinarse á obedecer las órdenes de la metrópoli. Alejado el soldado durante largos años de la madre patria, y acostumbrado á obedecer las órdenes de su general, en él esclusivamente fundará sus esperanzas, y ya no será aquel arrogante *civis romanus*, cuyo título envidian príncipes y reyes, sino un soldado de Mario ó de Sila, de Pompeyo ó de César; y si es necesario ir á poner sitio á la ciudad de Rómulo, ni mirará como santas sus murallas, ni temerá las furias de los dioses infernales, á quienes solemnemente estaban consagradas las cabezas de los que se atrevian á sobreponerlas. Roma, pues, segun la feliz espresion de Montesquieu, no sabrá, de hoy mas, si el que tiene al frente de una provincia es un general suyo ó un enemigo. Mucho perdió con esto la autoridad de aquel sagacísimo cuerpo, escudo y sosten firmísimo de la república, porque ¿qué le importaban ya al soldado sus decisiones, si su accion débil, ya que no

completamente nula por las distancias, no llegaba hasta él? ¿Cae un general en desgracia del Senado? No importa. Con tal que el ejército se declare en su favor, él triunfará de sus émulos y hará variar las decisiones de los padres conscriptos hasta entonces inquebrantables.

La desmedida estension, pues, de sus conquistas arrastró á Roma á su decadencia. Y no podia ser otra cosa. Las mismas causas producirán siempre idénticos efectos, y la historia de todos los países, tanto antiguos como modernos, está conteste en afirmar que la escesiva division de las fuerzas de un Imperio es una de las fuentes mas copiosas de los males que le arrastran á su decadencia. El imperio de Alejandro y Carlo-Magno; de Carlos V y Napoleon sobran para confirmar esta verdad.

III.

Si las divisiones antiguas, que tan vivo mantuvieron el espíritu patrio, no hubieran ido mas allá que á exigir igualdad de derechos ante la ley; lejos de considerar esto como una de las causas principales de decadencia, seria á nuestros ojos uno de los móviles mas poderosos del engrandecimiento de la ciudad.

Cuando Roma empezó á elaborar su historia, dos grandes épocas habia ya recorrido la humanidad: el Oriente y Grecia. El Oriente adora las fuerzas de la Naturaleza; el individuo desaparece en aquella civilizacion; nada significa, nada absolutamente representa. En Grecia el individuo lo es todo, y el hombre es el tipo á que ha de ajustarse la divinidad. El panteismo es, pues, la vida del Oriente; de Grecia lo será el antropomorfismo. Son tan

marcados estos dos elementos de vida de ambos pueblos, que es imposible no verlos en todos los hechos aun los mas insignificantes de su historia. El individuo en Oriente se vilipendia; el tiempo de su vida es una expiacion. Por esto no hay penitencia que no ensaye á trueque de unirse cuanto antes á la gran alma del mundo. En Grecia por el contrario los dioses envidian á los hombres. «Quisiera mas, dice el alma de Aquiles á Ulises, cultivar la tierra al servicio de un pobre labrador que reinar sobre todas las sombras de los muertos.»

El Oriente y Grecia, pues, eran dos pueblos antitéticos, porque antitética era la idea que debian realizar. La influencia del primero sobre la segunda, no sube mas arriba que á comunicarle las primeras ideas de civilizacion, y luego se aísla, se esconde, rodeando su vida de impenetrable misterio, que la ciencia moderna no ha podido aun por completo descifrar. Apenas Grecia emancipada del Oriente, su primer empeño es borrar las primeras ideas trasformándolas hasta el punto de proclamar orgullosa su autoctonismo. Las guerras médicas y las conquistas de Alejandro fueron impotentes para armonizar tan encontrados principios.

Semejante gloria estaba reservada para el pueblo-rey. «Roma, como dice un publicista moderno, es el templo y el sepulcro de toda la civilizacion antigua; Roma recoge en su seno el Oriente y Grecia, sus grandes ideas, sus elementos; Roma es la síntesis de toda la historia.» En todas las instituciones de este gran pueblo veremos aquellos dos principios luchando entre sí. Si estudiamos su constitucion interior, allí veremos al patricio representante del principio oriental, y á su lado al plebeyo representante del principio griego; si fijamos nuestra atencion en la ciudad, allí está el Capitolio bordado de

palacios que ostentan la espléndida morada del uno, mientras el Aventino hace vecindad con los miserables tugurios del otro. El fin de Roma es, pues, armonizar esos dos elementos. Mientras realiza tan noble fin, la lucha existe. En tanto que la lucha no tenga otro objeto, Roma prosperará; pero apenas la desvirtúe, exacerbando las pasiones con otro intento; las pasiones y el desorden la arrastrarán á su decadencia.

Puesto el plebeyo frente á frente del patricio, no descansará hasta borrar uno á uno todos los privilegios que establecen entre ambas clases una valla impenetrable. En un principio su personalidad es nula; nada representa ni en la esfera religiosa, ni en la política, ni en la del derecho. En el senado y en los comicios la influencia es toda del elemento patricio. Las fórmulas y la tramitación de justicia son para el plebeyo un secreto inaccesible. Los días *fasti* y *nefasti*, cuyo señalamiento incumbe solo al sacerdocio, salido de la clase patricia, sorprenden las mas veces su buena fe. Ahora bien, en tiempo de los Gracos estaba ya resuelta la cuestion política. En 493 a. de J. C. los plebeyos obtienen magistrados propios con el nombre de tribunos de la plebe. Esta institucion será el arma mas terrible contra la aristocracia cuyos privilegios irá arrancando sin tregua ni descanso. Adquirirá primero el derecho de convocar al pueblo; hará que los comicios sean convocados por tribus, y que los plebiscitos obliguen á todos en igual forma que los senado-consultos. Pedirán los plebeyos una ley, un derecho escrito, y obtendrán *las doce tablas* que si no tan humanitarias como debieran; pero en fin el pueblo sabrá á qué atenerse y con su firmeza y constancia logrará reducir á letra muerta aquellas disposiciones que mas directamente hieren sus intereses. Luego podrán celebrarse matrimonios entre patricios y ple-

beyos, y estos podrán aspirar á todos los cargos públicos, y llegarán á ser cónsules, y censores, y pretores, y sacerdotes.

Si aquí hubiesen concluido las aspiraciones del elemento plebeyo, Roma habria caminado mas derecha á su fin, y nunca, lo repetimos, hubiéramos creído hallar en aquellas luchas intestinas un elemento de decadencia. Pero desgraciadamente para Roma, la plebe se hizo cada vez mas arrogante, y no contenta con haberse igualado en derechos á la aristocracia, abusa de sus adquisiciones. No se contenta con defenderse, quiere supeditar á su vez á los que un tiempo han sido sus dominadores, sus déspotas y tiranos.

La cuestion política cambia de aspecto y se convierte ya en cuestion social. La plebe ataca, la aristocracia, que no olvida los instintos de fiera dominacion y orgullosa independencia, se resiste. Por ambas partes se cometen los mas execrables excesos, viéndose ahora el espectáculo singular de hacerse los nobles adoptar por un plebeyo, para satisfacer su ambicion solicitando el tribunado. ¿Era todo virtud lo que impulsaba el brazo y la lengua de los Gracos y de Mario; de César y Augusto?

Estudiemos rápidamente las calamidades que hlovieron sobre la república desde que los Gracos resucitaron la cuestion de las leyes agrarias hasta que la libertad quedó sepultada en Accio.

A la aristocracia antigua de los nobles, se allegó con el tiempo la aristocracia moderna del dinero, que al fin recogerá sola la herencia de la plebe y la nobleza, aplastando con el peso de su oro la libertad. Estas dos aristocracias, representantes cada cual de encontrados intereses, solo se habian unido para acabar de aniquilar al pueblo.

Los dos hermanos Tiberio y Cayo Graco nietos del grande Escipion se levantan los primeros en contra de tamaños abusos, intentando una reforma á todas luces justa y necesaria; pero que las circunstancias hacian humanamente imposible. Por todo, sin embargo, atropellan los Gracos, que, exasperados por el impudente descaro de los nobles, no se contienen ya dentro de los límites de la legalidad, y proponen medidas injustas y violentas. Esto atrajo sobre ellos las iras de la aristocracia, que haciendo sospechosos al pueblo á aquellos dos ilustres campeones de sus libertades, los sacrificó; hundiéndose con ellos para siempre la causa que simbolizaban. Tiberio murió con 300 de los suyos. Cayo, abandonado tambien del pueblo se hizo matar por un esclavo, muriendo con él 3,000 de los suyos.

Hasta tal extremo el patriotismo de Roma se iba debilitando con tan escandalosas y estériles luchas, que aquel pueblo, vencedor en cien lides y nunca vencido, tuvo necesidad de hacer alarde de todo su poder para destruir el de Mitridates; y aun así no lo consiguió sino despues de muchos años y de horrores sin cuento. Mas bárbaro se mostró Sila en Atenas que Brenno en Roma. No fué perdido para los demas pueblos el ejemplo del rey del Ponto, y de hoy mas pululan por do quier los enemigos de Roma, que aprovechándose de las rivalidades de Mario y Sila, pretenden recobrar su independendencia.

Pero de quien mas tiene que temer Roma, es de sus propios hijos. Tremola en España el estandarte de la rebellion, y es un romano quien capitanea á los enemigos de su patria. Las Galias y Grecia, Macedonia y el Ponto, el Egipto y el Asia menor, se ven plagadas de romanos, que por vengarse de Mario ó de Sila, no vacilan en sacrificar su patria concitando contra ella los ánimos de los

pueblos. Hanse, pues, multiplicado los Coriolanos. Si por ventura instigado Mitridates por alguno de ellos, llevara; segun sus designios, la guerra á Italia, y pusiera cerco á Roma ¿encontraria aquella tenaz resistencia, que efecto de la íntima union entre ambas clases, la patricia y la plebeya, hizo á los Volscos levantar el sitio á la ciudad, y abandonar el suelo de Italia al invencible Annibal?

Apartemos con horror nuestra vista de los escesos que en medio de una anarquía indescriptible presenta la patria de los Camilos y Cincinatos, durante el largo período de las proscripciones de Mario y Sila. Hagamos solo notar que por este tiempo acaece tambien la escandalosa guerra contra Yugurta en la cual Roma dió al mundo el espectáculo de su pasmosa venalidad y corrupcion; y que los cimbrios y teutones, derrotados muchas veces, pero no destruidos, enseñaron á los bárbaros el camino de aquella Roma que despues habian de pasear triunfantes, ellos que tan terriblemente habian sentido su tiránica dominacion. De este modo las luchas intestinas entre patricios y plebeyos cuyos intereses ahora están encomendados á Sila y Mario, llevan á Roma al borde del precipicio.

Y lo peor es que no retrocederá de esta senda de perdicion y muerte. Irrevocablemente están fijados sus destinos. La dictadura perpetua de Sila asesta un golpe terrible á la libertad (1). Catilina y Ciceron; Pompeyo y César; Augusto y Antonio la ahogan por completo. Y sin embargo durante aquellas luchas civiles se acrecienta escstraordinariamente el poder de Roma en el exterior sin

(1) Recomendamos la lectura del juicio crítico, altamente filosófico en que el célebre autor del *Espíritu de las leyes* espone las consecuencias que acarrió á Roma el gobierno de Sila. *Grand. et decad. des Rom.* ch. 11.

que haya ni un solo pueblo que por entonces no pierda su independencia y nacionalidad. Lo que con semejantes conquistas ganaba la constitucion de la república, ya lo hemos visto al considerar como una de las principales causas de su decadencia, la desmedida estension de sus dominios.

A los tiempos de Mario y Sila se suceden los de Pompeyo y César, y ¡cosa singular! aquellos dos triunviros representan los intereses de una clase que no es la suya. El senado y la aristocracia se arrojan en brazos de Pompeyo, que no es mas que un simple caballero. César, patricio, acoje bajo su tutela la causa del pueblo. ¿Y todavía Roma seguirá llamándose república, resignando sus destinos en manos de un solo hombre?

El Senado tiembla ante la actitud de César, de aquel jóven afeminado y disoluto, que no obstante haber consumido su inmenso patrimonio en bacanales y orgías, encierra dentro de sí el alma de tres Marios, segun el acertado pronóstico de Sila. Subyuga la mitad de Europa para el imperio romano, atando al carro de su triunfo á los galos y germanos, y penetrando con sus armas en las desconocidas cuanto inhospitalarias playas de la Bretaña. Rabia de envidia Pompeyo, que ve eclipsarse su estrella, y vislumbra en el solapado componedor de sus desavenencias con Craso al dueño absoluto de la república y el universo. Inspira, pues, á los padres conscriptos aquel famoso senado-consulta que consagra á los dioses infernales y declara sacrilego y parricida al que pase el Rubicon al frente de las legiones.

César acoje el reto, y despues de unos momentos de reflexion, *alea jacta est*, esclama, y al frente de sus legiones y seguido de sus bravos galos, á muchos de los cuales nombra senadores y á todos ciudadanos romanos, atra-

viesa el Rubicon, penetra en Roma, se apodera del tesoro, persigue á Pompeyo que con el senado y la nobleza seguido de un ejército mas numeroso que aguerrido, abandona cobardemente la ciudad, le venee en Farsalia, derrota las reliquias de su gente en Munda, pasa al Egipto, le subyuga, y regresando á Roma se nombra dictador perpetuo despues de haberse abrogado todas las demas magistraturas.

Ya la Señora del mundo es esclava de César. Pero lo será por poco tiempo. Augusto recoge la herencia ensangrentada de su tio que no disfrutará sin embargo hasta que, despues de largas luchas, el bárbaro teniente de César desaparezca de la escena. Las consecuencias pesan sobre la desgraciada república, y ¡cuán costosas fueron á Roma las alternativas de enemiga y amistad entre los dos triunviros! Roma espantada ve renovarse en escala infinitamente mayor las proscripciones de Mario y Sila; y Antonio y Augusto sacrifican mutuamente á sus mas caros amigos. Ciceron presenta su cuello al cuchillo de los sicarios, y la irritada Fulvia pica con alfileres la lengua del que con tan arrebatadora elocuencia, desde los rostros habia condenado sus excesos en las filípicas contra Antonio.

Entre tanto, renovadas por vez última las enemistades, Augusto triunfa de Antonio en Actium, con lo cual se hizo dueño absoluto de Roma, y mató la libertad é independencia de aquel pueblo.

IV.

Nada confirma tan elocuentemente la decadencia de Roma como su pasmosa corrupcion. La pobreza de sus

primeros tiempos mantuvo puras y sencillas las costumbres de aquella sociedad. El sistema de guerra que se impuso no le permitió salir de una medianía durante mas de 244 años, lo cual dió una consistencia tal á sus instituciones, que en vano pretendieron aniquilarlas los Galos, Pirro y Annibal, y aun pudieron sobrevivir largo tiempo, bien que con vida trabajosa y triste, al contacto de su civilizacion con la corrompida Asia. La guerra y los trabajos del campo consumieron toda la vida del pueblo de Rómulo durante un largo período de su existencia; y no es raro ver á un patricio dejar la esteva para empuñar la espada y mandar las legiones. Cincinato, Curio Dentato, Fabricio, Licinio Estolon, Caton el Censor y otros muchos, en sus rústicos hogares eran buscados para llevar la salvacion á la patria.

Pero apenas puestos los romanos en contacto con la Grecia y el Asia, olvidando las antiguas máximas y tradiciones, quedaron esclavos de sus vicios y corrupcion. Pronto la ciudad cambia de aspecto, y aquella Roma, de cuya primitiva construccion apenas, segun dice Montesquieu, podríamos formarnos una idea exacta, sino considerando los miserables y desmantelados pueblos de la Crimea; ostenta por todas partes soberbios templos, suntuosos palacios, regaladas termas, magníficos pórticos, inmensos circos, ostentosos teatros. Roto el dique, imposible se hizo de todo punto contener la caida de las costumbres. Aquella sociedad se precipita en toda clase de escesos, no sirviendo los reglamentos de los censores, para prevenirlos, de otra cosa que para ponerlos mas de relieve. El trabajo y las fatigas se reservan para los esclavos: los ciudadanos buscan por el contrario los honores y las distinciones, naciendo de aquí aquellas luchas intestinas, cuyo móvil no es ya el patriotismo, sino una ambicion tan

desmedida que no bastan á saciarla rios de sangre. De los grandes pasa el desórden á la plebe, que cada vez mas pierde el amor al trabajo, no siendo ya la ciudad otra cosa que una inmundia sentina de vicios y corrupcion.

Es indudable que la pobreza de los antiguos tiempos de Roma fué el antemural mas firme, y el arma mas poderosa con que subyugó toda la Italia. Un pueblo constituido sobre tales fundamentos debia necesariamente resentirse apenas las riquezas vinieran á minar su institucion. La toma de Tarento enriqueció las areas de Roma con 80,000 libras de oro y 3,000 talentos de plata; los tesoros de Perseo pasaban de 170.000,000 de reales; Escipion llevó desde Cartago al erario público 20,000 libras de plata; Mario robó á Yugurta tambien para el tesoro 3,700 libras de oro, 3,775 de plata y 28,000 dracmas. Las conquistas de Pompeyo aumentaron en mas de 100.000,000 los tributos del Asia. César aportó al tesoro 65,000 talentos y 2,822 coronas de oro. Las guerras púnicas, las de Antioco, Filipo y los etolios produjeron al erario 700.000,000 de reales, y á 3,840 ascendian las rentas de las provincias en los primeros tiempos del imperio.

Una insaciable sed de oro fatigaba tambien á los particulares. Craso llegó á poseer mas de 140.000,000 de reales, despues de haber disipado mas de otros 32 en franchelas. Cuando pereció con gran parte de los suyos en Carres, Orodes rey de los partos mandó echar oro derretido en su boca para insultar su avara sed. Pompeyo pudo edificar el primer teatro de Roma y esponer en el circo, ademas de otras muchas fieras, 410 panteras, y 600 leones. César presentó en sus juegos hasta 400 leones con melenas, y 40 elefantes. Salustio que fué pobrísimo al gobierno de la Numidia, pudo á muy poco tiempo fun-

dar en Roma los magníficos jardines que todavía hoy llevan su nombre. Séneca poseía mas de 200.000,000 de reales y 500 mesas de cedro incrustadas de marfil, todas iguales para los suntuosos festines en que insultaba la virtud que predicaba en sus escritos.

En pos de las riquezas vino naturalmente el lujo, hasta tal extremo, que ningun pueblo reunió dentro de sus murallas tantas preciosidades para halagar la voluptuosidad de sus moradores. El palacio de un rico era un palacio real. Allí nada absolutamente faltaba de cuanto puede enorgullecer á un déspota. Cuando leemos las magnificas descripciones de Horacio, Juvenal, Livio, Tácito, Suetonio, Plinio y Petronio Arbitr, nos creemos trasportados á aquellas fantásticas moradas de huries que con tanto lujo de imaginacion pinta la *Mil y una noches*. Y sin embargo, hay monumentos irrecusables de la existencia de aquellos costosísimos mármoles de Lesbos y Paros; de aquellos dorados arquitrabes de Himeto; del oro, marfil, cuadros, frescos, estátuas y mosaicos, que con profusion los enriquecía. Ciceron compró una mesa por valor de 1.500,000 sextercios, y escribió en otra que le habia costado 200,000 la acusacion contra Verres, que habia dilapidado en su gobierno de Sicilia mas de 240.000,000. Petronio condenado á muerte por Nerón rompió un vaso murrino que valia 12.000,000 de sextercios. Sila tenia platos que pesaban 200 marcos, y Plinio añade que podian encontrarse en Roma 500 de igual peso (1). Fácil nos seria aumentar este catálogo hasta el infinito, pero sobra lo dicho para que se comprenda que una sociedad que tanto habia degenerado de sus mayores, no podia menos de marchar á pasos de gigante hácia su ruina. Suponga-

(1) Estos datos los hemos tomado de la obra de Gabriel Peignot citada por Cantú: *Sur le luxe des romains dans leur ameublement*.

mos ser una exageracion el *Satyricon* de Petronio, con el palacio y la mesa de Trimalcion: todavía nos queda la famosa carta de Plinio el jóven, en que nos describe su quinta á orillas del mar.

La corrupcion no podia dejar de venir tras las riquezas y el lujo. Examinémosla en los diferentes elementos que en conjunto constituyen todo el cuerpo social, á saber: en el individuo, en la familia y en el estado.

Es casi imposible encontrar un ser tan degradado en la historia, como lo era un romano de los tiempos de la decadencia. En efecto ¿qué significa ya para él la religion, la filosofía, el derecho y la libertad?

La religion, ese antidoto contra todos los males, ese freno de todas las pasiones, era ya en Roma impotente para prevenir los unos ni sofocar las otras. Nombre vano, no era otra que esterilidad para los sacerdotes, especulacion para los augures, befa para los filósofos, supersticion para el pueblo, estúpido fanatismo para el grosero vulgo, incredulidad é indiferencia para todos. ¿Quién teme ya á los dioses? Ciceron que pertenecia al colegio de los arúspices confiesa que no sabe como poder contener la carcajada, cuando en la calle tropieza con algun augur; y mientras en el sueño de Escipion proclama la inmortalidad del alma, en otras ocasiones, segun convenia á su calculado eclecticismo, confiesa que no hay nada mas allá de la tumba (1). Lucrecio escribe su poema *de rerum natura*, donde con descarado cinismo, tanto mas terrible cuanto mas seductor en las formas, niega abiertamente la existencia de los inmortales. César en público senado dice que todo acaba con la vida (2) y Luciano en todos sus diálogos se burla de los dioses. Porque en último re-

(1) Pro Cluentio.

(2) Sall. *de Bello catilinario*.

sultado ¿qué otra cosa eran sino la personificación misma de los vicios mas groseros y de las mas repugnantes extravagancias? Aquellas seiscientas religiones que tenían su representación en el panteón, habían inoculado la incredulidad en todos. La virtud estaba en los labios, pero de ninguna manera en el corazón ni en las acciones. El prólogo de la guerra catilinaria de Salustio revela la virtud mas austera, y sin embargo merced á su conducta relajada y escandalosa, el célebre historiador quedó excluido del senado por los censores. El severo Catón, el centinela avanzado contra los vicios de Roma, el implacable acusador de los Escipiones ¿no amanecía ébrio en las calles? ¿no especulaba indignamente teniendo una casa de prostitución? ¿no mantenía públicas relaciones con una esclava? ¿no se casó á los ochenta años con una niña? Acúsase á Cicerón de amores incestuosos con su propia hija Tulliola. El virtuoso Catón de Utica, Bruto el campeón de las antiguas libertades, reniegan de la sociedad, no creen ya en la virtud, y se suicidan cobardemente. Si así obraban los hombres virtuosos con los cuales tanto se pavonea Roma, y que tanto valen para los ciegos panegiristas de la civilización pagana ¿qué podemos esperar de aquella sociedad?

El mal estaba en la conciencia de todos; el remedio en la de ninguno. Resucitar lo antiguo, como querían los Catones, era un contrasentido; purificar el paganismo inútil é imposible. ¿Y qué significa purificar el fango y la corrupción? Limpiar las conciencias y la sociedad estaba reservado para una institución de amor y vida que iba á venir del cielo; estaba reservado para el cristianismo. Pero entre tanto los hombres mas graves y caracterizados de aquella sociedad, los filósofos, buscaban el remedio en una ciencia todavía mas desacreditada que su

religion. En efecto, las doctrinas de Zenon y de Epicuro se repartian el campo de la filosofia romana. Pero los estoicos y los epicúreos no hacian otra cosa que mantener abierto el antagonismo perpetuo de clases, causa principal, segun hemos visto, de la decadencia de aquel pueblo. Y aunque así no fuera, ¿qué podia esperar la sociedad del estoicismo que era en política el retroceso, y en filosofia el fatalismo? ¿qué proclamaba: *Que la compasion es el vicio de los débiles; que el sabio no obedece á Dios, no hace mas que consentir; que en cierto modo el sabio es superior á Dios?* Y sin embargo es indudable que la sociedad romana estoica hubiera sido menos corrompida que la sociedad romana epicúrea. Fabricio decia que el mayor mal que deseaba á los enemigos de su patria era que abrazasen aquella secta. Desgraciadamente para Roma, si sus teorías eran las del Pórtico, sus prácticas eran las que se enseñaban en los jardines de Epicuro. Discípulos suyos, y por cierto mas degradados que el maestro, eran Sila, César, Lucrecio, Catulo, Mecenas, Horacio, Propercio, Ovidio, Marcial y otros mil, que con sus escritos y ejemplos mas directamente influian en el ánimo y el corazon de la multitud. Gozar los placeres, despreciar á los dioses; hé aquí las sublimes enseñanzas tan acomodadas á los asquerosos instintos de los Apicios y Heliogábalos.

Por la igualacion de derechos habia derramado el plebeyo su sangre casi desde los primeros dias de la ciudad. Resultado de esta lucha fué quedar completamente despojada de los suyos la nobleza y la plebe. Mario pisotea los derechos de los grandes; Sila en despique aniquila al pueblo, traspasando todos sus poderes al Senado. César, Augusto, y mucho mas los mónstruos que les suceden, ahogan entre sus brazos la libertad.

Resultado de tanto marasmo y desorden y de tan repugnante abyeccion, los romanos se entregan á la corrupcion mas espantosa que nos presenta ningun otro pueblo. ¿Dónde encontrar una serie de mónstruos como Nerón, Calígula y Domiciano? ¿Dónde mujeres tan prostituidas como las Julias, Mesalinas, Agripinas y Popeas? La sencillez y el pudor se persiguen como contrabando en una sociedad donde se bañan en confuso tropel muchachos y ancianos, matronas y doncellas; donde la madre con su hija concurren á las bestiales representaciones de las bodas de Pasifae, en toda su brutal realidad, y á las sangrientas escenas del circo bajando el dedo cuando quiere que allí á su vista la espada del gladiador ahogue los dolorosos gemidos de mil víctimas.

Esto era el individuo. La familia que de tales elementos se compusiera no podia ser un modelo de virtud. El elemento moralizador de la familia es la mujer, que con razon se ha llamado el ángel del hogar: y la mujer en Roma como en los demás pueblos antiguos no pudo realizar su bienhechora mision mientras el cristianismo no vino á emanciparla de la injusta opresion en que yacia. ¿Qué influencia podian ejercer sus consejos en la conducta de los hijos, acostumbrados á mirar á su madre como á un inferior? Despreciada la mujer por los demas, llegaba á despreciarse á sí misma, prostituyéndose y degradándose hasta donde nos es concebible. Las Cornelias y las Octavias son muy raras en Roma, mientras los tipos de la disolucion y de la lujuria llenarian muchos volúmenes, y la historia, para oprobio eterno de aquella sociedad, nos presenta á las Servilias, Tuliolas, Sacias, Citérides, Fulvias, Mesalinas, Agripinas y Popeas. Con semejantes mujeres no podian subsistir los vínculos del matrimonio, y nada mas frecuente en Roma que el divorcio casi siem-

pre por motivos los mas livianos. Paulo Emilio se separa de su mujer con solo decir que ha sido ofendido por ella (1). Cayo Sulpicio Galo repudia á la suya porque salió con la cabeza descubierta. Ciceron deja á Terencia para disfrutar una nueva dote y pagar sus deudas. Llegó á tal extremo el abuso, que segun atestigua Séneca, las mujeres contaban los años por los maridos, no por los cónsules: *Illustres quaedam et nobiles feminae non consum numero sed maritorum, annos suos computant* (2). Resultado de todo fué que á la legítima esposa reemplazó la meretriz, que con la mas impudente desfachatez recorría en su litera, conducida por robustos esclavos, las calles, las plazas, los circos, los teatros, los baños y hasta los mismos palacios, donde aquella degenerada matrona, tan poco celosa de sus prerogativas, perfumaba el lecho que debia de deshonorarla. Teniendo esto en cuenta ya no deberán estrañarnos los amores incestuosos y contra la naturaleza; ni que haya hombres cansados de su familia, que buscan la distraccion en los placeres tempestuosos al lado de una prostituta; célibes corrompidos; padres inciertos; hijos espósitos..... ¡y entre tanto completamente desconocida la tranquilidad del hogar, fuente inagotable de los placeres que mas endulzan la existencia del hombre!

El Estado no podia caminar mejor que el individuo y la familia. Nunca pudimos comprender la teoría que distingue al hombre particular del hombre público, y ni Sila, ni Mario, ni Antonio, ni Augusto, ni Tiberio, ni Calígula, ni otros mil, pudieron despues del triunfo ahogar sus resentimientos, ni dar al pueblo la libertad que venian á matar. Ellos, que con mas razon que Luis XIV

(1) Plutarco, Vida de Paulo Emilio.

(2) Séneca, *de benef.*

podían decir *el Estado soy yo*, se arrogaban todas las magistraturas, ó se conferían á quienes ellos designaban. La venalidad mas espantosa escala todos los puestos públicos. Públicamente se contrataban en el foro los sufragios, alcanzándolos el mejor postor, ó el que en el Circo espionía mayor número de leones, tigres, panteras y gladiadores. ¿Qué importa á los candidatos contraer deudas que ascienden á muchos millones, si á los pocos dias de partir á sus gobiernos Salustio, Verres, los procónsules de la España, de las Galias, del Egipto, del Asia, han de poder regresar á Roma cargados de oro para dar nuevos juegos y levantar palacios, jardines y granjas? Las provincias son saqueadas, y sus naturales maltratados y reducidos á la miseria. Las quejas llegan á Roma, pero no importa. Todos los funcionarios han aprendido las teorías de César, y recuerdan la desconsoladora apóstrofe de Yugurta á la ciudad venal.

V.

Semejante estado de cosas pedía una renovacion radical y universal, y esta renovacion estaba en la conciencia de todos. Es imposible ver en la historia un hecho tan providencial como este, una revolucion tan majestuosamente anunciada, segun la espresion de Villemain, y nunca como entonces pudo decirse con mas verdad que los hombres se alimentaban con una esperanza, la cual únicamente, pudo librar al mundo del cataclismo que siglos hacia amenazaba hundirle. Verdaderamente grande y magnifico era el destino del pueblo-rey, que debia ser el precursor de tan feliz acontecimiento.

Es para nosotros indudable que una de las cosas que mas contribuyeron á la postracion y ruina de Roma fué el cristianismo, que presentado como un acontecimiento que renovaria la faz del mundo, se encuentra en las tradiciones de todos los pueblos, lo mismo en el Oriente que en Grecia y Roma. En el Oriente el pueblo hebreo es el encargado de mantener viva la llama de la verdad, y por lo tanto el que mas genuinamente simboliza aquella *espectacion de todos*. Por cualquier parte donde abramos los divinos libros encontraremos estas espresiones: *el libertador; el que ha de venir; el deseado de las naciones; el justo que brotará de la tierra y lloverá de las alturas del cielo*. ¿Quién no ve manar de estas purísimas fuentes las tradiciones que sobre tan portentoso acontecimiento profesaba toda la humanidad? Los indios esperaban una encarnacion de Wichnou ó de Brahma para reparar los males que habia causado Kaliga, la gran serpiente. Las doctrinas de Confucio (600 a. de J. C.) que tan inmensa influencia ejercieron en la constitucion política, religiosa, filosófica y literaria de la China, anuncian « un hombre santo, que sin ejercer ningun acto de autoridad, evitaria las disensiones, que sin hablar inspiraria una fe espontánea, y que sin ejecutar ningun cambio, produciria naturalmente un océano de acciones meritorias.» Los persas creian, segun dice Plutarco, « que llegaria un tiempo fatal y predestinado, en que habiendo Ahrimanes, principio del mal, traído al mundo el hambre y la peste, seria enteramente destruido y esterminado por Ormuzd, principio del bien, y entonces toda la tierra seria llana, unida é igual, y no habria mas que una vida y una especie de gobierno entre los hombres, los cuales no usarian mas que un solo idioma y serian felices.» Si de Persia pasamos al Egipto, ¿qué otra cosa significa la fábula de

Isis y Tifon? En Grecia encontraremos la caja de Pandora, que en su misterioso fondo guarda el bien que con el tiempo curaría á la humanidad de todos los males que una imprudencia habia derramado sobre la tierra: allí veremos al triste Prometeo esperando ser libre del buitre que le desgarraba sus entrañas; allí al inmortal Platon, que dice á Alcibiades por boca de Sócrates: « Sí; es preciso esperar que venga alguno á enseñarnos cómo nos hemos de portar relativamente á los dioses y á los hombres. » Estudiando la primitiva historia de Roma, ¿no vemos esta misma esperanza en los misteriosos oráculos de los libros sibilinos, que con tanto candor recordaba el ilustre poeta de Mantua?

Sin embargo, la vida agitada y tormentosa de las antiguas sociedades les hace olvidar ó pasar desapercibidas aquellas tradiciones, que habian mecido la cuna de su civilizacion, pero que transformadas hasta el infinito, apenas despedian ya algunos destellos en medio del confuso laberinto de ridículos dogmas y absurdas teogonías. Entre tanto un pueblo predestinado las conservará ilesas y hará despertar á los demas de su letargo. Estudiando con atencion toda la historia del pueblo hebreo no podremos menos de observar en él dos tendencias enteramente opuestas; así es que mientras los fariseos que se dicen los genuinos representantes del espíritu de los patriarcas y profetas, predicán con la mayor insistencia el aislamiento y absoluta incomunicacion con los gentiles, para que el pueblo de Dios no se apegase á sus ritos y abominaciones; los saduceos, patrocinadores de la nueva dinastía de reyes extranjeros, tienden á comunicarse con los otros pueblos y no desdeñan su comercio, ni sus leyes, ni sus costumbres, ni sus instituciones. Nada mas providencial que este antagonismo de los israelitas; pues mien-

tras las restricciones y predicacion de los fariseos los mantenía firmes en las creencias, recordando los castigos de sus prevaricaciones, el trato con las demas naciones, fomentado por los saduceos, hacia á estas participantes del rico tesoro, y de la herencia prometida á los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob. Las grandes épocas de la cautividad de los judíos llenan dos altísimos fines en los planes de la Providencia. En ella los hijos de Israel expian sus frecuentes apostasías, pero al mismo tiempo revelan á los gentiles el dogma de la unidad de Dios y el consolador presentimiento de una renovacion universal.

Después de la cautividad muchos judíos se establecieron definitivamente en Babilonia, y repartiéndose por toda el Asia, implantaron allí su literatura, y con ella sus dogmas y tradiciones. Del Asia pasaron al Egipto, y establecidos en Alejandria, á la sazón emporio de las ciencias, artes y literatura; allí también popularizan sus doctrinas religiosas, que á todos admiran, y en todos engendran vivísimos deseos de conocerlas. En tiempo de Ptolomeo Filadelfo, se traduce la *Biblia* al idioma griego, cuya version, generalmente conocida con el nombre de *los setenta*, se propaga rápidamente por Grecia y Roma, no habiendo ya un solo punto de la tierra donde no se mire al pueblo hebreo como un pueblo misteriosamente providencial, que serviría de anillo para enlazar el orden existente que se desplomaba, con otro orden de cosas por todos ya sentido y deseado.

En efecto, Roma había tocado á su término. La corrupcion mas espantosa se había apoderado de todas las clases, y era imposible, según hemos visto, que aquella sociedad resistiera á las oleadas del vicio y las pasiones que de concierto conspiraban para destruirla. Dios, sin embargo, entonces mas que nunca quería fortalecer las

esperanzas de los pueblos , y hé aquí como por todas partes se deja sentir el presentimiento de una renovacion universal. Las tradiciones judáicas sobre la venida de un reparador, que eran ya patrimonio de la humanidad, resucitaron y esclarecieron las de todos los pueblos, hasta entonces confusas y desparramadas. Ciceron nos dice en su libro *De Divinatione* que los antiguos oráculos de las Sibilas habian anunciado para aquella época la venida de un monarca universal. Virgilio empapado en la lectura de los mismos libros sibilinos, canta tambien las escelencias de una nueva edad, que inmediatamente va á regenerar al mundo. Y sino profetiza la venida del Salvador, como han querido sostener algunos comentaristas, obedeciendo mas bien á los impulsos de su cristiana piedad, que á los equitativos fallos de una crítica severa; son en cambio el resflejo mas fiel de los sentimientos y deseos de aquella sociedad. Vamos á transcribir los pasajes mas notables de su égloga 4.^a dirigida á Polion, donde se podrá ver confirmado cuanto vamos diciendo.

Sicelides Musae, paulo majora canamus;

.....

Ultima Cumaevi venit jam carminis aetas:

Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo:

Jam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna:

Jam nova progenies coelo demittitur alto.

Tu modo nascenti puero, QUO FERREA PRIMUM

DESINET AC TOTO SURGET GENS AUREA MUNDO.

Casta, fave, Lucina tuus jam regnat Apollo.

.....

... et incipient magni procedere menses.

Te duce, si qua manent secleris vestigia nostri.

Irrita perpetua solvent formidine terras.

.....

Pacatumque reget patriis virtutibus orbem.

.....

Ipsae lacte domum referent distenta capellae

Ubera, nec magnos metuent armenta leones

Ipsa tibi blandos fundent cunabula flores:

Occidet et serpens, et falax herba veneni

Occidet:

etc.

Creemos inútil hacer comentarios bien distantes de nuestro propósito, ni de discurrir largamente sobre las sibilas, que tanto han preocupado y hecho sudar á los autores así antiguos como modernos. Bástenos añadir que cuando con tan bellos colores se describía la nueva edad que todos esperaban, muy enojoso debía hacerse el orden existente. ¿Por ventura no era este presentimiento causa suficiente, aun haciendo abstraccion de las demas, para llevar al mundo antiguo á su decadencia y luego á su ruina?

El hombre por naturaleza es inconstante. Aun temiendo las terribles consecuencias que suelen traer consigo las grandes revoluciones políticas y sociales, muchas veces las desea con la esperanza de mejores dias. ¿Qué instituciones *humanas* no ya las caducas y corrompidas del imperio de los Césares, que eran la rémora mas poderosa contra el progreso, sino otras mucho mas robustas, habian de sostenerse frente á frente de aquellas en que la humanidad entera esperaba su completa regeneracion y

felicidad? Por eso todos los hombres, todos los pueblos de consuno forjan armas contra Roma; por eso aquella misma Roma ha de ser la primera espada que hiera su propia constitucion.

Y en verdad que la dichosa renovacion presentida y realizada hará muy pronto olvidar todo lo que pudiera valer el imperio romano, que por otra parte estaba ya tan llagado, exhalaba miasmas tan fétidos y corruptores que cualquiera otra institucion, aunque no fuese mas que dándole sepultura, habria hecho un inmenso beneficio á la humanidad. ¡Cuánto mas si aquella institucion habia de ser el cristianismo! El cristianismo, en efecto, fué el único que en circunstancias tan críticas pudo salvar á la sociedad de un cataclismo completo. Y es que el mal que afligia á la triste humanidad se habia arraigado tan profundamente, que ya en la tierra no podia encontrar su remedio, si el cielo compadecido no se dignaba enviársele desde lo alto. Y así fué en efecto, porque de la tierra brotó el justo, y las nubes llovieron al cándido, al Salvador, al deseado de todas las naciones, al mismo hijo de Dios.

VI.

No hay hecho alguno en la historia que pruebe el progreso de la humanidad como la decadencia de los pueblos. Da el Oriente el primer paso en la vida, y trae á la historia un fin esclusivamente divino. Era incompleta su mision; que el hombre tambien tiene derechos y deberes para consigo mismo. Así es que cuando aquel pueblo entre en vías de decadencia, otro se encargará de llenar el

vacío que el primero dejó en la historia. El aislamiento en que el Oriente se había encerrado privó á dicha ciencia de dos de sus mas esenciales elementos: la solidaridad y la universalidad; por esto cuando Grecia empieza á realizar su historia, sin experiencia de la vida, entregada á su actividad, é influida por un clima risueño y vario tan distante de la áspera monotonía de los inmensos montes, rios y desiertos del Asia, exagera el principio contrario, y diviniza la naturaleza humana. Esto que aisladamente no constituía un gran progreso, simboliza no obstante, un paso mas en la historia, puesto que, aun cuando con exclusivismo, Grecia tuvo la suerte de ensayar un nuevo y principal elemento de vida del hombre y la sociedad. Cuando aquel pueblo pierda su vitalidad, los dos principios el divino y el humano habrán sido ensayados; por lo cual si había de sucederle otro que se llamara Roma, y supiera armonizar dichos elementos, la decadencia de Grecia á no dudarlo tenía que ser un síntoma de progreso. Viene Roma, y pasa á su vez por una época de engrandecimiento, y otra de pasmosa decadencia. Afirmar que era mejor la Roma de Tiberio y de Neron que la Roma de Fabricio y Cincinato, seria una paradoja tan repugnante al sentido comun como á las mas severas lecciones de la historia. Y sin embargo, es para nosotros indudable que la decadencia de aquel pueblo constituye un grande y verdadero progreso, no concretando precisamente esta idea á Roma, sino estendiéndola á toda la humanidad.

Veamos comprobada esta teoría en las consecuencias que el hecho de la decadencia de Roma produjo en el mundo antiguo, examinándolas sucesivamente en el orden religioso, en el político, en el social y en el de la cultura.

Bajo el primer aspecto estudiaremos:

- 1.º La decadencia de la religion pagana.
- 2.º El establecimiento y propagacion del criatianismo.

La decadencia del paganismo romano es uno de los hechos mas importantes que registra la historia de la antigüedad, no solo porque la idea religiosa es siempre la manifestacion mas elevada de la vida de los pueblos, sino tambien porque este hecho probará una vez mas lo impotente del politeismo, para levantar los ánimos, y para retardar la precipitada marcha de los pueblos hacia su ruina.

Casi todos los pueblos antiguos fundaron sus creencias sobre los primitivos acontecimientos de su historia, divinizando á los fundadores de sus ciudades, á sus héroes y legisladores. Pero mas que en ningun otro pueblo era en Roma la religion una institucion humana y nacional. Así es como el famoso augur Q. Mucio Scevola (1), dividió los dioses en tres clases, segun debian su origen á los poetas, á los filósofos ó á los magistrados. Rómulo y Numa hicieron de la religion una esclava de la política, así que no siendo su poder absoluto, ni conteniendo en su seno ningun principio vivificante de moralidad, no pudo evitar la corrupcion de costumbres que arrastró al imperio romano á su decadencia y despues á su ruina.

Este carácter humano y patriótico del paganismo de Roma, fué parte para que, juntamente con su gloria y esplendor, se debilitase su idea religiosa; pues así como la desmedida estension de las conquistas hizo decaer extraordinariamente el espíritu de nacionalidad; así tambien el espíritu religioso fué herido de muerte apenas los diferentes cultos de mil pueblos vencidos llevaron al cora-

(1) S. Agustin. *De civit. Dei*. lib. IV, cap. XXXI.

zon mismo de la ciudad el mas desconsolador escepticismo, borrando en las personas cultas toda idea de Dios, y engendrando en el vulgo ignorante el mas grosero fanatismo, acompañado de una espantosa corrupcion en todas las clases. Así es como mientras Nevio, Ennio, Plauto, Lucilio, Lucrecio y en general todos los poetas, se mofan con el mas descarado cinismo de los augures, de los sacrificios y hasta de los mismos dioses (1) el supersticioso romano fija en las puertas de sus casas murciélagos con clavos sacados de los sepuleros, á fin de ahuyentar los ladrones; y el severo Caton disputa con toda la gravedad de un retórico, sobre si un estornudo voluntario seria motivo suficiente para anular las decisiones de una asamblea.

Semejante estado de postracion del espíritu religioso en Roma, viene á ser todavía mas deplorable luego que se importan nuevas ideas con la civilizacion oriental, y con la filosofia y el antropomorfismo griego. Ya vimos hasta qué punto rayaba el espíritu de moralidad de algunos romanos, cuyas virtudes y sentimientos religiosos tanto se encarecen. Y no podia ser otra cosa: aquellos símbolos que, atendida la superior cultura de los griegos y su sentimiento innato de la belleza, animaban el buril y los pinceles de Fidias y Praxiteles, Apeles y Parsasio, y daban vida al grupo de Laoconte y al Apolo de Belveder, tenian que convertirse en otras tantas fuentes de placeres groseros y sensuales, una vez trasplantados á la mas rezagada y utilitaria civilizacion romana. Y si á esto se añade que con sus símbolos Grecia regaló al Lacio las doctrinas de Epicuro, ¿cómo hemos de estrañar ver á un Milon que da las gracias á Marco Tulio porque no habia

(1) Merece leerse lo que sobre este punto dice Villemain en su discurso sobre el politeismo en el primer siglo de nuestra era, que precede á su *Tableau de l'eloquence chretienne au IV siecle*.

llegado á pronunciar el magnífico discurso que compusiera en su favor, pues de otro modo le habria privado del gusto de comer barbos en Marsella?

La sagaz política de Augusto comprendia muy bien toda la trascendencia de tan fatal decaimiento: así es que no perdonó medios para reanimar el espíritu religioso aumentando el número de dioses y de sacerdotes, levantando templos, instituyendo solemnidades, y dando al culto una pompa inusitada. Pero todo en vano: secas las fuentes del sentimiento, la creencia en muchos dioses, sin principio alguno moralizador y de vida, lejos de contener á los pueblos que han dado el primer paso hácia su muerte, los precipita mas y mas. Augusto obraba por cálculo, no por sentimiento ni por conviccion: así es que solo á fuerza de leyes represivas y tiránicas, pudo contener durante su imperio el completo desborde de las pasiones y de la irreligiosidad. Si quiere restituir al matrimonio la importancia, que en mal hora habia perdido, y contener el desenfreno de célibes disolutos, tiene que promulgar la ley Papia Popea; y si ha de encontrar vírgenes que cuiden del sagrado fuego de Vesta, investirá de facultades extraordinarias al Pontífice máximo, para elegir por la suerte las que han de llenar un ministerio tan esquivado ahora, como en lo antiguo ambicionado.

Una nueva institucion religiosa va á desprestigiar mas, si cabe, el culto de los romanos. Como si todavía no fuera suficiente la repugnante mezcla de la Isis egipcia, del Mitra persa, del Zeus griego, y del Jano romano, se instituye ahora la apoteosis del crimen y la licencia, del despotismo y la opresion. ¿Qué se podria ya inspirar un culto que levanta altares á Tiberio, Calígula, Domiciano y Eliogábalo? Algunas veces, sin embargo, parece que el paganismo se reanima como cuando los Flavios y

Antoninos pretenden purificarle por medio de la filosofía. Pero aquel tronco envejecido resistía todo tratamiento, y si alguna vez dejaba vislumbrar síntomas de existencia, no eran otra cosa que las convulsiones del moribundo que luchando con la vida, va á despertar á la eternidad.

Pero el paganismo tenía que sufrir todavía un nuevo golpe. ¿Cómo era tan insensato que esperaba el triunfo en semejante contienda? Era el destino de Roma absorber en sí la vida de los pueblos, asimilándose todas sus instituciones, sin escluir la religion. Y sin embargo, olvidando el pueblo de Numa sus tradiciones de tolerancia en punto á ideas religiosas, declara guerra eterna á las doctrinas de Jesus. Pero aunque emplee la calumnia, el hierro y el fuego para destruir el cristianismo, no importa; que esta religion divina sabrá triunfar con las armas de la inquebrantable fe de sus confesores, y cada persecucion será una nueva victoria, porque *la sangre de los cristianos es semilla fecunda de nuevos mártires*.

Resumiendo cuanto dejamos dicho sobre la decadencia del paganismo romano, creemos encontrar la esplicacion de este hecho: 1.º En el carácter puramente humano de semejante institucion. 2.º En la adopcion que Roma hizo de todos los cultos estraños. 3.º En lo absurdo de sus dogmas. 4.º En su oposicion sistemática al cristianismo.

Es imposible hablar del paganismo sin asociar á su decadencia la propagacion y engrandecimiento de la religion cristiana.

Roma, segun veremos, habia realizado la unidad material del mundo, necesaria en los planes de la Providencia, para la unidad moral y religiosa que venia á llevar á cabo el cristianismo. En este sentido bien podemos asegurar que Roma en su decadencia fué un auxiliar pode-

roso para la propagacion del Evangelio, una vez que allanó todos los obstáculos materiales que hubieran podido oponerse á su predicacion, haciendo desaparecer las barreras que aislaban las diversas naciones, estendiendo por todas partes una lengua única, y llevando á los pueblos que conquistara, sus leyes, costumbres é instituciones.

Pero nótese bien que Roma no tenia con las doctrinas de Jesucristo otra relacion que la de ser su precedente cronológico. Y fué bastante para darle una inmensa superioridad sobre los otros pueblos. El cristianismo, divino en su origen, ¿habia de ser un simple progreso de la ciencia antigua, ó una mera evolucion de la filosofia de Sócrates ó Platon? La razon y la historia contestan negativamente. Las doctrinas de Jesucristo acerca de Dios, el hombre, la familia, el estado y la humanidad, son tan nuevas, tan originales, tan divinas, que es preciso atormentar mucho la razon y hacerse sordo á las lecciones de la historia, para negarle estos sus distintivos caractéres.

Relativamente á la *Divinidad* el dogma fundamental del cristianismo es la unidad de Dios. ¿A qué pueblo podia en esta parte pedir Jesucristo inspiraciones? Al Oriente? Pero allí no podria salvar la libertad humana, ni la justicia de Dios, que no tienen razon de ser en el caos del panteismo. ¿A Grecia y Roma? Es absurdo, solo pensarle, que Jesucristo, habiendo traído al mundo una idea tan pura de la divinidad, la haya deducido ni de Saturno que devora sus propios hijos; ni de los amores incestuosos de Júpiter; ni de las batallas, heridas y muerte de los demas dioses; ni de los desórdenes de Baco, Sileno y Priapo. Bien sabemos que la unidad de Dios fué concebida por algunos genios que de vez en cuando aparecieron en el seno del paganismo; pero aquellas dudas, aquel mis-

terio , aquella contradiccion entre la teoría y la práctica, se avienen mal con la precision con que Jesus espuso sus doctrinas. ¿Quién no sabe ademas que Sócrates , al morir, pagó tributo á las supersticiones gentilicas sacrificando un gallo á Esculapio? El mismo pueblo hebreo que profesó siempre este dogma sublime de nuestras creencias , le habia empequeñecido, digamos así, porque para los hijos de Israel , Dios es el Dios de Abraham , de Isaac y de Jacob. El Dios que predica Jesucristo es por el contrario el Dios del universo y de la humanidad.

El cristianismo es quien trajo al mundo el verdadero espíritu de *individualidad*. Segun él *todos los hombres somos iguales ante Dios, porque todos somos hijos de un mismo Padre celestial*. Que se registre la historia de todos los paises, y las doctrinas de todos los filósofos y legisladores, y en ninguna parte encontrará el hombre una doctrina tan consoladora, y al mismo tiempo tan espresiva de su dignidad. Si vamos al Oriente, allí veremos la bárbara ley de castas y el absurdo dogma de la metensícosis; si á Grecia, Aristóteles nos enseñará: «Ser evidente que los hombres son *por naturaleza* ó libres ó esclavos, y que para estos últimos la esclavitud es tan útil como *justa*;» si á Roma veremos que la ley es distinta para el patricio y para el plebeyo, para el extranjero y para el esclavo.

La familia en sus mas bellas aspiraciones, en su concepcion mas elevada y civilizadora es tambien obra del cristianismo. En el Oriente, y lo mismo puede decirse de Grecia y Roma, este principalísimo elemento de vida de las sociedades modernas, estaba completamente absorvido en el estado. Por otra parte el despotismo del estado se traducia en el padre de familia ante el cual desaparecia toda otra personalidad. Ya hemos visto la triste condi-

cion de la mujer : la del hijo de familia era , si se quiere, peor que la del esclavo , que al fin una sola venta le emancipaba del yugo de su Señor , mientras se necesitaban tres para que el hijo fuera libre. Viene Jesucristo y robustece el matrimonio , elevándole á la dignidad de sacramento , y hace de la mujer una compañera del hombre , con derechos y deberes correlativos , estableciendo entre ella y el marido , y entre ambos y los hijos una solidaridad que ni la religion , ni el derecho , ni la filosofía de los antiguos pudo siquiera concebir.

Jesucristo, cuya reforma era moral y no política nada dijo que de un modo directo se refiriese á la organizacion material del mundo. Pero como están tan íntimamente ligados la tierra con el cielo ; la criatura con el Creador ; las sublimes y bienhechoras doctrinas de Jesucristo relativamente á Dios, al individuo y á la familia, no pudieron menos de trascender al *Estado*. «El que quiera ser el primero será siervo de los demas (1).» dijo el divino Maestro á la mujer del Zebedeo que le pedía las primeras sillas del cielo para sus hijos. Hé aquí las bases de un gobierno ideal de bondad. En efecto, en estas palabras Jesucristo enseñó á los príncipes de la tierra á humillarse en medio de su exaltacion ; porque en realidad solo mandan para estar al servicio de sus súbditos, así como el Hijo del hombre vino, no para ser servido, sino para servir y dar su vida por la redencion de todos los hombres.

El gran sentido que en sí encierra la palabra *Humanidad* bien se lo podemos atribuir todo al cristianismo. Por primera vez suena esta idea en el mundo. Ni siquiera pudieron soñarla los filósofos y legisladores paganos. En el interior el jefe del estado , bien se llame Pisistrato ó

(1) Qui voluerit inter vos primus esse, servus vester erit. S. Mateo cap. 20.

Pericles; Tarquino, Sila ó Tiberio: es un déspota que mira al mundo como un solo esclavo. En el exterior, extranjero vale tanto como enemigo, y el terrible *vae victis!* es todo el derecho internacional de los primeros pueblos.

¿Se podrá resolver la aparente contradicción que existe entre Jesus que nada viene á cambiar *non veni solve-re* y el cristianismo que lleva á cabo la mas grande revolucion que presenciaron los siglos? Ya no puede causarnos admiracion la prodigiosa rapidez con que se propagaron las doctrinas evangélicas. Tan divinas enseñanzas no podian ser estériles, y en efecto, son indescriptibles y no se prestan á ser compendiados en breves líneas los frutos que produjeron lo mismo en el orden moral, que en el intelectual y en el social.

VII.

En el orden político la consecuencia inmediata de la decadencia de Roma es el establecimiento del imperio que simboliza el despotismo de los Césares; el envilecimiento del Senado y el pueblo, y por fin la absorcion y aniquilamiento de estos dos elementos por el elemento militar. Los tres hechos marchan juntos durante la larga duracion del imperio, tanto que es casi imposible estudiarlos separadamente. Sin embargo, hay períodos en que prepondera sobre los otros uno de ellos, y á este propósito pudiéramos dividir el imperio en dos épocas:

- 1.º Desde Augusto hasta Cómmodo.
- 2.º Desde Cómmodo hasta Constantino, en el cual creemos definitivamente terminados con la propagacion del cristianismo, los destinos del mundo antiguo.

En la primera época al lado del cesarismo mas cruel, se ve la mas estúpida abyeccion de todas las clases. En la segunda, la anarquía militar echa por tierra todo el órden existente.

En toda la historia romana no hay un hecho menos sensible ni mas trascendental que el paso de la república al imperio. Fatigado el pueblo por la guerra y abrumado por el enorme peso de sus conquistas: estinguido su patriotismo por las luchas intestinas; yerto de terror ante el horrible espectáculo de las proscripciones; ahoga todo sentimiento de dignidad, y amando los goces del sentido que le embrutecen, con preferencia á la libertad y virtudes guerreras de los pasados tiempos; de buen grado resignó todos sus derechos en las manos de un déspota.

Augusto mas sagaz y previsor que César, sin llamarse rey, juntó en sí todos los poderes de un tirano. El era á la vez *imperator*, príncipe del Senado, censor, pontífice máximo, cónsul y tribuno. En virtud de estos títulos tenia á sus órdenes los ejércitos, dirigia las discusiones del Senado, velaba por las costumbres y la religion, mandaba en Roma y en las provincias, y su persona era sagrada é inviolable. Sus talentos políticos, y la moderacion que mostró en el poder, contribuyeron indudablemente á levantar el nombre romano, acabando de hacerle señor del mundo; así como su decidida proteccion á las letras, hizo en gran parte que su siglo fuera el siglo de oro de la literatura y el arte. Pero en cambio colocada Roma en un elemento que no es el suyo, olvida su historia, y no tiene suficiente decision para contrariar los brutales instintos de los sucesores de Augusto.

Siete mónstruos ocupan el trono sucesivamente despues del sobrino de Julio César. Y no hay miedo que se

despierte el sentimiento de la dignidad pública ultrajada, si el mónstruo de Caprea prohíbe á los padres llerar el desastroso fin de sus hijos, y convoca con urgencia á media noche á los senadores para consultarles sobre la mejor salsa para un salmon; si Calígula suelta en el Circo la carcajada al pensar que una sola señal suya bastaría para derribar las cabezas de todos los espectadores, y nombra cónsul á su caballo, haciendo que le dén cebada dorada los senadores; si Séneca y Lucano tienen que pinchar las venas porque sus escritos roban al *divino* Nerón los aplausos que se le deben como consumado artista, bistrion y cochero, y el pueblo todo corre en tropel á los templos para dar gracias á los dioses porque el emperador acaba de matar á su propia madre, la desgraciada Agripina.

Que el pueblo presenciara impasible tantas atrocidades, era natural; porque no llegaba hasta él el espíritu destructor de aquellos déspotas. Y por otra parte, ¿no recibía *liberalmente* de los emperadores el agradable *panis et circenses*, que le embriagaba y hacia saltar de alegría, sin pensar para nada en los males de su desolada patria?

Pero que el Senado, aquel Senado que contaba entre sus tradiciones la fiera actitud de los padres conscriptos, cuya imponente majestad llenó de espanto á los galos de Breuno, estuviera ahora tan torpemente degradado, que veía sin sublevarse ser sus miembros sacrificados al menor capricho de un tirano imbécil; que aplaudía las desapiadadas burlas de Domiciano, Cómmodo y Heliogábalo; que celebraba lleno de frenesí todas sus mayores locuras, y daba gracias á los dioses si un simple decreto del príncipe confiscaba todos sus bienes á una gran parte de los senadores; cosa es que por mas que reflexionamos no podemos comprender.

El imperio de los Flavios y Antoninos, hecha abs-

traccion del pérfido Domiciano, es un paréntesis feliz en la repugnante y escandalosa historia del *Cesarismo*. Vespasiano restablece el orden y enfrena la disciplina; Tito es *las delicias del género humano*; el español Trajano es uno de los príncipes que mas honraron la púrpura imperial; y con Adriano, Antonino y Marco Aurelio se verifica un renacimiento en el arte y la literatura. ¡Que descansen Roma y se aproveche de tan dulce paz, que con Cómodo volverán á reproducirse los tiempos de los Calígulas y Neronés!

Este indigno hijo de Marco Aurelio inaugura el segundo período que señala el último extremo de la decadencia de Roma. El elemento militar lo absorbe todo, introduciendo en el Estado una anarquía indescriptible. Mientras aquella bestia feroz se recrea con los espectáculos sangrientos del circo, hasta el punto de haber bajado él mismo á la arena mas de setecientas veces, los pretorianos llevan por todas partes la desolacion, haciéndose mucho mas temibles que el hambre y la peste, que para colmo de la desgracia, tambien afligia á la ciudad. Si el anciano Pértinax trata de contener á la desenfrenada soldadesca, pronto perecerá víctima de aquellos mismos pretorianos que le habian elevado al trono.

Cuando parecia imposible corrupcion mas desenfrenada, el imperio se ofrece al mejor postor; y mientras los pretorianos suben al trono á Didio Juliano, proclaman su emperador cada una de las legiones de Siria, Iliria y Britania. Septimio Severo, robustece mas aun el elemento militar; y el bárbaro Caracalla poniendo en práctica el consejo de su padre no perdona sacrificios para mantener á los soldados en su devocion. Así que los emperadores sucesivos no teniendo oro para acallar á la soldadesca, apenas se sentaban en el trono cuando perecian

por el hierro de los pretorianos. Todas las legiones quieren dar un emperador, y muerto Decio, es tal el desorden que mientras Valeriano gime cautivo entre los persas y su hijo el débil Galieno conserva una sombra de poder en Roma; todas las provincias proclaman su emperador, habiéndose disputado el mando á la vez hasta treinta, que á semejanza de los de Grecia, son conocidos en la historia con el nombre de los *treinta tiranos*. De este modo se fué prolongando la anarquía militar hasta Diocleciano.

Dotado de grandes talentos políticos y militares, Diocleciano, sin embargo, precipitó la caída del imperio dividiendo la autoridad con Maximiano. Los dos se denominaron Augustos, mientras otros dos, Galerio y Constancio Cloro, bajo el nombre de Césares, debían ayudarles y sucederles despues en sus títulos y dignidades. Abandonando los negocios públicos Diocleciano y Maximiano; arrepentido este, y declarándose contra los nuevos Augustos, despues de una prolongada lucha civil, en que tomaron parte multitud de ambiciosos; Constantino, hijo de Constancio Cloro, vencedor de todos ellos, vino á ser único dueño del imperio, acabándose de romper con él la unidad material y moral de Roma por la traslacion de la córte á Bizancio, por el triunfo decisivo del cristianismo sobre la religion pagana, por la separacion, en fin, de los dos imperios, el de Oriente y el de Occidente.

Por esta breve, cuanto fatigosa reseña que acabamos de hacer sobre el estado político de Roma, como resultado de su decadencia, podemos ver comprobado lo que en otro lugar dijimos, descubriendo la consoladora ley del progreso en la ruina misma de los pueblos. Triste era, en efecto, muy triste el estado de Roma. El pueblo habia perdido toda su dignidad, y ya nada absolutamente significaba: el emperador, despues de ser un déspota,

era el juguete del ejército, cuya omnipotencia avasalladora nada dejó por inficionar. Pero al mismo tiempo observemos cómo los demás países iban sacudiendo el yugo y formando su nacionalidad, agrupando los diversos intereses á medida que se iban civilizando; y cómo el cristianismo, llevando al corazón mismo de la sociedad su savia vivificadora, iba mejorando infinitamente la condición moral, intelectual y material de los pueblos.

VIII.

Al contemplar el estado social del mundo veremos que Roma en su decadencia:

- 1.º Realizó la unidad material del mundo.
- 2.º Inspiró á los pueblos espíritu de nacionalidad.
- 3.º Fué causa de las invasiones de los bárbaros que determinan la caída del imperio romano.

Cualesquiera que hayan sido los vicios de que adoleciera la constitución romana, no puede negarse que, si se exceptúa el pueblo hebreo, no hay en la historia otro encargado de un fin tan grande como el que Roma debía realizar, á saber: la unidad material del mundo. En vano buscaremos esta, que es la primera garantía del progreso de los individuos y de las naciones en los demás pueblos de la antigüedad. En efecto, ¿qué era aquella unidad oriental tan decantada por algunos que, ó no han querido o no han podido penetrar mas allá de la corteza de las instituciones? El carácter de los pueblos de Oriente, si bien se examina, es repulsivo y antitético en todas las manifestaciones de su vida. Repulsion en el individuo, en la familia y en el estado; repulsion en las ciencias, en

las artes, en la religion; repulsion en su historia toda. Y es que la odiosa ley de castas pesaba como una losa de plomo sobre aquella sociedad, y esto no podia menos de trascender á toda su vida. ¿Puede darse division mas radical que la que en la India existia entre el Brahaman, el Chatria, el Waichi, el Sudra y el Paria? ¿Entre el sacerdote que monopolizaba toda ciencia y doctrina, el Sudra que ni siquiera podia oír leer los libros sagrados, y el Paria, que como infiel estaba proscrito del comercio y trato con los hombres?

No era mucho mas superior la unidad en Grecia, donde cuando mas, se estendia á un pequeño Estado, puesto que el mismo Aristóteles con toda su filosofía, creyó que los bárbaros eran de distinta naturaleza que los griegos, por lo cual estos tenian derecho de reducir á los primeros á esclavitud.

Pero viene Roma, y su destino es unir á los pueblos rompiendo las barreras que hasta entonces los habian tenido incomunicados, poniéndose ella á la cabeza de todos. Con razon uno de sus poetas, Rutilio, cantaba entusiasmado al contemplar esta magnífica obra del pueblo-rey:

*Formasti patriam diversis gentibus unam;
Urbem feciste quod prius orbis erat.*

¿Quién puede desconocer aquella mision superior del pueblo romano, al contemplar la marcha admirable de los acontecimientos de su historia desde el hijo de Rea Silvia hasta el de Santa Elena? En efecto, el pueblo de Rómulo no puede nunca perder de vista la ley de las armonías, y esta ley de su historia, tan superior á las limitadas y parciales que caracterizan la del Oriente y Grecia, es la

que le dió el imperio del mundo. Roma nace pobre, y tiene necesariamente que mendigar la sustancia de los pueblos que le rodean; sin familia, y toma sus mujeres de entre los sabinos; apenas tiene donde levantar unas miserables chozas, y sus armas la harán señora del mundo; no tiene religion, y se la pide á los pelascos y etruscos; carece de literatura, y sigue la huella de los griegos; necesita leyes, y no desdeñará inspirarse en los pueblos que somete. Roma con semejantes condiciones tenia su triunfo asegurado sobre los demas pueblos de la antigüedad.

Por varios medios imprimió Roma unidad al mundo antiguo; pero principalmente por las conquistas, los caminos, el derecho y el idioma.

Ya hemos visto la política sagaz con que Roma se fué haciendo señora del universo. A la muerte de Augusto los límites del imperio eran al E. el Ponto Euxino y el Eufrates; al S. los grandes desiertos del Africa; al O. el Océano Atlántico, y al N. el Rhin y el Danubio. Dentro de tan enorme estension eran provincias romanas en Europa: España, las Galias, Córcega, Cerdeña, Italia, Sicilia, Grecia, Macedonia, Mesia, Iliria, Pannonia, Nórica, Retia, Vindelicia. En Asia: Siria, Palestina y el Asia Menor. En Africa el Egipto, la Cirenaica, la provincia de Africa y la Numidia. De este modo la historia de Roma durante muchos siglos, es la historia de la humanidad. Por esto Virgilio, acordándose que Roma debia conquistar el mundo, pudo cantar sus destinos con frase enérgica cuando dijo:

Tu regere imperio populos, romane, memento.

Hæ tibi erunt artes: pacisque imponere morem

Parcere subjectis et debellare superbos.

(ENEIDA, v. 851, 52, 53, lib. VI.)

Los sucesores de Augusto, que dieron al olvido casi todo cuanto habia hecho grande á la ciudad, no hicieron lo mismo en punto á las conquistas. En tiempo de Claudio fué reducida á provincia romana la Mauritania y la Britania, siendo esta última que se habia sublevado bajo la animosa reina Boadicea, subyugada hasta la Caledonia en tiempo de Vespasiano, con lo cual y con la conquista de Judea y la pequeña Armenia, se extendieron mas y mas los limites del imperio. Trajano prosiguió la obra de sus antecesores, conquistando en Europa la Dacia que de su nombre se llamó *Dacia de Trajano*; y en Asia, la Armenia Mayor y la Cólquida, llevando sus armas mas allá del Eufrates y el Tigris, despues de haber impuesto un rey á los de Albania y tambien á los feroces partos.

Roma, ya lo hemos visto, abusó de las conquistas, llevando sus armas mas allá de lo que le aconsejaban sus propios intereses. Peor para ella que perdía de accion, energía y vitalidad lo que ganaba en estension y riquezas; pero mejor para los pueblos antiguos, que si bien sufrieron bajo el pesado yugo de Roma, ¿para qué negarlo? en la escuela del infortunio aprendieron lo mucho que vale la unidad que da la fuerza, y allanaron las barreras que los tenia incomunicados, dando paso á las nuevas ideas infinitamente mas humanitarias y civilizadoras de la vida que felizmente iba á regenerar al mundo.

Si bien despues de Trajano hubo algunos emperadores de genio esencialmente conquistador como Marco Aurelio, Valeriano, Diocleciano y Teodosio; era ya imposible sostener el peso de tantos dominios; por cuya razon puede decirse que desde Adriano se fijan definitivamente los limites del imperio, que empieza á decrecer despues de

Teodosio el grande, merced á las terribles acometidas de aquellos bárbaros que se repartirán los despojos del pueblo-rey.

Por medio, pues, de sus conquistas, Roma habia reducido á los pueblos todos á su obediencia, y por consiguiente subordinádolos á una ley. Pero para que las relaciones entre los vencedores y vencidos fuesen continuas y fáciles; la mas alta política dictó á los romanos el establecimiento de aquellas vias militares, cuya solidez ha sobrevivido á los siglos.

La via Apia fué el primero de estos caminos, hecho en tiempo del censor Apio Claudio. Sucesivamente se construyó la via Flaminia, la Emilia y otras, contándose solo en Italia en tiempo de Augusto hasta 48, que algun tanto deterioradas se repararon de órden del emperador. Ya en tiempo de la república, Roma habia empezado á explotar este medio de conservacion de sus conquistas, comunicándose directamente con las provincias mas importantes, como la España, la Macedonia y la Germania; pero cuando los caminos recibieron un impulso verdaderamente asombroso fué durante el imperio. Fué este, en efecto, uno de los primeros cuidados de Augusto, en lo que tambien se distinguieron muchos de sus sucesores, como Trajano, Adriano, Antonino, Lucio Vero y Septimio Severo. Entonces la via Aurelia, que atravesaba toda la Etruria, tocó en Gades, pasando por las Galias, cruzando toda la España desde Tarragona y Cartagena, y continuando despues del estrecho hasta Tánger. Entonces tambien la via Flaminia, saliendo de la Italia Septentrional, y pasando por la Pannonia, Mesia, Tracia, Asia Menor y Siria, despues de haber penetrado en el Egipto, fué á terminar en Tánger como la Aurelia, poniendo en comunicacion todas las ciudades maritimas del mismo Egipto,

la Cirenáica, la provincia de Africa, la Numidia y la Mauritania.

De este modo, pues, Roma allanó las barreras que hasta cierto punto justificaban el eterno aislamiento, la absoluta incomunicación en que vivían los pueblos antiguos; y sus legiones que cruzaban con la rapidez del rayo desde el Tigris al Rin, desde el Tauro hasta las columnas de Hércules; pudieron llevar con sus armas una civilización más conforme á los sentimientos generales de la humanidad, como producto armónico de las civilizaciones de todos los pueblos.

Subyugados todos los pueblos por las armas, unidos entre sí por medio de los caminos; era necesario fortalecer esta unión mediante el derecho, y el derecho fué, á no dudarlo, el carácter prominente del pueblo-rey, vivamente reflejado en todas sus demás instituciones desde la religión hasta la literatura. Tan principalísima esfera de vida no podía arraigar en el Oriente. ¿Ni cómo habían de pedir igualdad ante la ley, allí donde las castas eran de derecho divino? ¿Ni cómo invocar derechos, allí donde la sociedad entera, abdicando torpemente de los suyos, los había depositado á los pies de un déspota? Tampoco el derecho pudo echar hondas raíces en Grecia, que miraba á todos los demás pueblos con el más soberano desprecio, apellidándolos con el denigrante nombre de bárbaros.

Roma, por el contrario, de carácter esencialmente sintético y armonizador, tenía que ser el pueblo del derecho. Y lo fué, mucho más habiendo sido ayudada en esta empresa por el cristianismo. El *praetor urbanus* y el *praetor peregrinus*, fueron una garantía de la equidad natural contra el derecho estricto, cuyo estremado rigor en los primeros tiempos, había confundido la sencilla noción de

lo justo, y sacrificado la razón á la política, la verdad á la astucia, la libertad á las fórmulas simbólicas y sacramentales, la dignidad del hombre á la esclavitud. Y como el Capitolio legislaba para todo el mundo, de aquí la unidad que imprimió al derecho, el cual, por la base firmísima en que descansaba, por la sabiduría de sus máximas, por el carácter de universalidad en sus aplicaciones, extendió su influencia á todos los códigos así antiguos como modernos (1).

Signiando los romanos su política de absorción, y queriendo que todo el mundo, por decirlo así, fuera su ciudad, no permiten que los vencidos hablen otra lengua que la del Lacio. Por esto no admitirán embajadas ni escucharán proposiciones, ni firmaran tratados, si no están escritos en la lengua que ilustraron Ciceron y Virgilio. Así es como se difundió rápidamente por el Africa, la España, las Galias, Bretaña y la Pannonia. Grecia, sin embargo, quedó esceptuada de tan humillante vasallaje; y es que Roma no podía desconocer la superior cultura, y la influencia que sobre la suya ejerció la inimitable literatura de Homero, Demóstenes y Tucídides.

Al establecer nosotros que una de las consecuencias sociales de la decadencia de Roma fué el espíritu de nacionalidad que se despertó en los pueblos, no ignoramos las infinitas limitaciones que vendrían á hacer falso nuestro aserto, no teniendo en cuenta la estension que aquí damos á esta idea. Ciertamente que el principio de las nacionalidades no se descubre hasta muy entrada la edad media, ni quizá recibe su sancion hasta los tiempos modernos. Pero es preciso no olvidar que en la historia cada se

(1) El temor de ser inoportunos nos ha hecho desistir de hacer una ligera reseña histórica del *Derecho romano* y de la influencia que en él ejerció el cristianismo.

hace por saltos, y que es condicion indispensable que los grandes hechos se vengán madurando durante largos siglos. El primer carácter para que una nacion exista es la unidad; luego si Roma, segun acabamos de ver, realizó la unidad material del mundo, allí sorprenderemos el germen de las nacionalidades.

En efecto, el carácter de los primeros pueblos, bien que negativo, es la carencia absoluta de todo sentimiento de nacionalidad. En los diversos y encontrados elementos de raza, que no permitian la fusion de muchos pueblos en un solo estado; en los estrechos límites á que el comercio estaba reducido; en la importancia grande casi absoluta que alcanzaba la agricultura; en el abandono en que en general yacian las demas industrias, encontraremos quizá la esplicacion de este fenómeno que se observa en aquellas apartadas edades. «Consideraban los hombres, dice un publicista moderno, la libertad propia como el término de sus deseos, y la ciudad como el centro y amparo de su libertad personal, sin que las relaciones morales y civiles traspasasen los confines de aquel escaso territorio.»

Gracias á esta falta de patriotismo, Roma tan patriótica, que eleva su ciudad á la categoria de los dioses, pudo irse apoderando rápidamente de todos los pueblos. No obstante la resistencia que le ofrecen los bravos españoles y su nunca desmentido valor, vase apoderando sucesivamente de las ciudades mas importantes de la península; y es que Sagunto, Numancia, Castulon, Estepa y tantas otras se encuentran abandonadas á sus únicas fuerzas, sin recibir el menor apoyo de los pueblos que les rodean.

La tiránica dominacion de los vencedores hizo á los vencidos reconocer su yerro, y aun cuando tarde, toda-

vía agrupados en torno de un famoso guerrillero, un puñado de valientes fatigaron durante largos años á las legiones que Roma envió para destruirlos. La traicion clava el puñal asesino en el corazon del gran Viriato, y los españoles, huérfanos de un jefe que dé direccion á todos sus esfuerzos, gimen otra vez en la mas dura opresion. Ni querrán aprender las lecciones de Sertorio, únicas que entonces habrian podido salvar su independencia; así es que cuando Augusto quiera hacerse dueño del universo, encontrará media España que pida cadenas para la otra mitad; y ella misma irá á imponérselas formando la vanguardia de los ejércitos de Octavio que van á subyugar á los indomables cántabros. Sin embargo España acaba de adquirir un elemento de verdadera nacionalidad, y aunque le falte otro de los mas esenciales, la independencia, de hoy mas tendrá un mismo idioma, unas mismas leyes, una misma religion, unas mismas instituciones que poco á poco irán labrando su carácter y costumbres, y crearán al propio tiempo unos mismos intereses, todo lo cual le dará suficiente fuerza y constancia para vencer mas tarde en una lucha gigantesca de siete siglos.

Las mismas vicisitudes sufrió la nacionalidad en los demás pueblos antiguos. Para que las Galias se unieran con estrechos vínculos, fué necesario que las subyugara Julio César, y exasperara los ánimos de sus habitantes la sórdida avaricia y cruel despotismo de los prefectos.

Solo en este sentido creemos que Roma contribuyó en su decadencia á dar á los pueblos espíritu de nacionalidad.

La última de las consecuencias sociales que hemos deducido de la decadencia de Roma es la invasion de los pueblos bárbaros. No nos proponemos ni puede caber

tampoco en la índole del presente discurso hacer la historia de aquel extraordinario acontecimiento. Lo que únicamente nos incumbe averiguar, es la razon de las invasiones, y cómo ellas determinaron la caída del imperio de Occidente.

Estudiando la historia de Roma desde los primeros tiempos del imperio, veremos que frente á frente de aquel pueblo envilecido aparece otro, que no habiendo aun gustado las dulzuras de una civilizacion refinada, tenia todas las virtudes que inspira la familia, y los vicios todos que da la fuerza. Sus jefes y caudillos, sus asambleas, su bravura en los combates, su esperanza en conquistar una patria mejor, contrastaban con aquella magnificencia afeminada de los emperadores, con las intrigas y miserias [del senado, con la absoluta carencia de patriotismo en el pueblo, con la depravacion espantosa de todos. ¿De qué servirán, pues, todos los esfuerzos del imperio por sostenerse, resistiendo á aquella nueva raza de héroes?

Habiendo César subyugado la Germania, fué auxiliado en todas sus demas empresas por los bárbaros, que no olvidaron el camino de la ciudad. Augusto imitó el ejemplo de su tio, recibéndolos á sueldo en las legiones y mezclándolos en las filas de los pretorianos. Siendo su número muy inferior al de los legionarios romanos, y habiéndoselos mezclado y distribuido separadamente por los diferentes cuerpos de ejército quitándoles así la fuerza que da la union, fácilmente se mantuvieron en un principio dóciles en la obediencia. Pero llegó un tiempo en que los Césares se entregaron en brazos de los bárbaros, por desconfiar de sus legiones; habiendo prohibido Galieno á los senadores que mandasen los ejércitos, y estendido sus sucesores la misma prohibicion á muchos

caballeros, ciudadanos y aun simples provinciales. Entonces ya no son un pañado de bárbaros los que están inscritos en las legiones: tribus, pueblos, naciones enteras, son recibidas á sueldo en sus filas. Ni son ya simples legionarios; están al frente de los ejércitos en clase de consules y generales, y hasta llegan á escalar el imperio.

Todo el poder que habían tenido los pretorianos, pasa á los bárbaros, los cuales son desde esta época árbitros de los destinos del imperio. Combaten solo cuando quieren, si no se les paga bien, si no se les tiene muy contentos concediéndoles cuanto piden; vuelven las armas contra los que todavía se empeñan en llamarse sus señores. El año 250 Decio y su hijo perecieron en una batalla contra los godos; y mas adelante en el de 378 perdió la vida Valente en la de Andrinópolis, dada contra los mismos que acababan de establecerse en la Tracia con permiso de aquel emperador. La energía de Teodosio el Grande, logró sin embargo contenerlos, permaneciendo de esta suerte sumisos durante todo su imperio.

Pero apenas muerto aquel emperador, los godos se reparten por todo el imperio, devastando en sus correrías, á las órdenes de Alarico, la Tracia, Pannonia, Macedonia, Tesalia y Grecia, hasta que el débil Honorio tuvo que concederles la prefectura de la Iliria. Ni aun esto satisfizo á los bárbaros, que dirigiéndose hácia la Italia, son completamente derrotados por el valiente Estilicon. Asesinado este de orden del cobarde Honorio, demasiado fácil en prestar oídos á las calumnias de los émulos de su esforzado ministro; Alarico no teniendo ya nada que temer, penetra con sus godos en Roma el año 410, y despues de un horrible saqueo de seis dias destituye á Honorio que se había refugiado en Rávena. Desde esta época los bárbaros abandonan decididamente los hielos del Norte por

el mas delicioso temple del Mediodía, y forzando el paso del Rhin, caen como una nube sobre el imperio los hérulos, suevos, vándalos, alaros, burguñones, hunnos y otros.

Entre todos son los mas terribles los hunnos. Era su jefe el famoso Atila, que al frente de 500,000 guerreros, y arrollando en su marcha á todos los invasores que le habian precedido, amenaza destruir aquella sombra de imperio. No lo consiguió; y vencido en los campos Catalaúnicos, por Accio general de Valentiniano, coligado al efecto con Teodorico rey de los visigodos, y con Mero-veo rey de los francos; despues de levantar el sitio de Roma á ruegos de S. Leon el Grande, volvió á esconderse en los bosques de la Pannonia, de donde habia salido. La historia no ha sido muy justa con el célebre invasor. Pintáronse con los mas negros colores sus hechos, llamándole á cada paso el azote de Dios. Y sin embargo Atila abandonando á Roma manifiesta sentimientos infinitamente mas humanos que los de Radagaiso, Alarico y Genserico.

Ya el imperio de Occidente no existe mas que en el nombre. Los príncipes que se suceden despues de Valentiniano, casi todos perecen desastrosamente, hasta que Odoacro, caudillo de los hérulos, que se decian aliados de Roma, aprovechándose del descontento de los suyos, destronó por medio de una conspiracion á Rémulo Augústulo, dando fin al imperio romano el año 476 despues de Jesucristo.

IX.

Despues de haber estudiado las consecuencias de la decadencia del imperio romano en el órden religioso, en

el político y en el social, examinemos rápidamente, para concluir, el estado de la cultura en los últimos tiempos de aquella sociedad, haciéndonos cargo sucesivamente.

- 1.º Del Arte.
- 2.º De la Literatura.
- 3.º De la Filosofía.

El arte en su mayor generalización es la manifestación mas importante de la vida de los pueblos. Nada en efecto revela tan enérgicamente su carácter como esas venerables reliquias de la antigüedad, que, custodiadas como precioso legado por las generaciones presentes, descubren en sus mas insignificantes detalles el genio del pueblo que les dió la vida, sus costumbres, sus instituciones, sus ideas y pensamientos, sus triunfos y grandezas, sus miserias, agonías y muerte.

Los romanos siguieron las huellas de los griegos en el arte, lo mismo que en la literatura y en la filosofía. Es una ley histórica nunca desmentida, que un pueblo de superior cultura subyugado por otro mas fuerte, pero mas rezagado, dirigirá la educación intelectual de la raza vencedora. Tal sucedió á Grecia respecto de Roma; pues habiendo perdido su nacionalidad en el siglo segundo antes de Jesucristo; desde entonces empieza á ejercer tal influencia en el arte y la literatura de su orgullosa dominadora, que ningun romano se tendrá por *de buen tono* si á ejemplo de los Escipiones no frecuenta las escuelas de Atenas, y no tiene en su casa griegos que en la esfera de las artes le reproduzcan las obras de Fidias y Apelles; y le lean los poemas de Homero, Píndaro y Sófocles; las oraciones de Pericles y Demóstenes; las historias de Herodoto y Tucídides; la filosofía de Platon y Aristóteles, Zenon y Arcesilao.

Esta es la razón porque Roma nunca pudo, en el cul-

tivo de las artes, remontarse á igual altura que la Grecia. El genio del artista es autónomo y eminentemente libre en la realizacion de sus obras. Desde el momento en que interpreta sentimientos que no son los suyos; caractéres y creencias que no son los del pueblo que le dió el ser; pierde la inspiracion, y solo logrará realizar pálidas y desmayadas concepciones. Pero hay ademas otra razon muy poderosa para explicar el hecho que nos ocupa. Si el arte es la representacion sensible de la belleza, y el sentimiento de lo bello era innato en los que poblaban las risueñas faldas del Helicon, y las poéticas riberas del Cephiso; Grecia debia ser el primer santuario de las artes. Si Roma era un pueblo esencialmente utilitario, y la utilidad es el polo opuesto de la belleza; los romanos, cultivando las bellas artes estaban fuera de su elemento. Por esto el arte nunca fué popular en Roma como lo fué en Grecia durante la larga duracion de su historia.

Sin embargo, no es menos importante para la historia el estudio del arte romano que el del arte griego, pues cualquiera que sea el grado de perfeccion que en esta parte alcancen los pueblos, siempre sorprenderemos allí el espíritu que los domina. Y en este sentido no significa, ni vale menos el sepulcro de Q. Cestio, las termas de Caracalla, y las humildes catacumbas de los cristianos, que el Partenon, Apolo y Laoconte.

En las artes meramente *útiles* bien podemos asegurar que Roma se aventajó á todos los demas pueblos. Sus caminos, puentes y acueductos, que desafiando á los siglos han llegado hasta nosotros, son el testimonio mas elocuente del sentido práctico y eminentemente utilitario del pueblo-rey.

Tambien cultivaron los romanos con buen éxito las

artes *útiles-bellas*. El Panteon, construido por Agripa en su tercer consulado el año 27 antes de Jesucristo, es una obra maestra de arquitectura en la que van á buscar sus mas bellas y sublimes inspiraciones los mejores artistas de nuestros dias. Al fin del imperio de Augusto empiezan ya á vislumbrarse síntomas de decadencia, que son mucho mas marcados bajo los siguientes emperadores, porque el gusto corrompido de los Césares, ahogaba toda inspiracion artística, haciendo que los cultivadores del arte dieran vida á sus mas insensatos caprichos, en vez de realizar las eternas leyes de la belleza.

Sin embargo, todavía en aquellos felices intervalos tan raros y fugaces como los oasis del desierto, parece como que el arte quiere renacer. En el anfiteatro Flavio, ó Coliseo, construido en tiempo de Vespasiano, todavía hoy despues de las injurias del tiempo y de los hombres, el viajero contempla atónito aquellas sublimes ruinas empapadas en la sangre de millones de mártires. El arco de Tito erigido por el Senado para conmemorar el triunfo de aquel emperador sobre los judíos, y la toma de Jerusalem, es el mas precioso monumento de los que en este género posee la Ciudad Eterna. Los restos de sus termas valen tanto, que sus pinturas inspiraron á Rafael los magníficos frescos de las galerías del Vaticano: no obstante que en la parte arquitectónica, vense ya los progresos de la corrupcion del gusto en aquellos extravagantes frisos, y en la desmesurada altura de sus columnas. Tambien Trajano patrocinó las artes útiles y la arquitectura, levantando magníficos templos, arcos de triunfo, y sobre todo el foro de su nombre, que todavía hoy ostenta en su centro la soberbia columna dórica, erigida por el senado y pueblo romano para recordar las dos expediciones contra Decebalo rey de los dacios, en la cual están esculpi-

das mas de 2,500 figuras de hombres de diferente tamaño, ademas de una multitud innumerable de caballos, armas, máquinas banderas y trofeos, formando un tan acabado y sorprendente conjunto, que llena de admiracion á todo el que la contempla. El puente *Elio* y la *Moles Adriani*, hoy dia puente y castillo de Sant Angelo, atestiguan la predileccion de Adriano por las artes, y su refinado gusto.

Los Antoninos imitaron el ejemplo de los Flavios, bien que no pudieron contener los progresos de la decadencia, segun se ve en la columna de Antonino, erigida por el senado y pueblo romano en honor de Marco Aurelio Antonino, por sus triunfos sobre los marcomanos y otros pueblos de la Germania. Para su ejecucion se tuvo presente la de Trajano, pero la imitacion se quedó muy atras del original.

En lo que queda de vida al imperio, todo es decadencia; pues ya el artista solo se ocupa en realizar las obras que mas halagan al sentido. Así es que parece como que á porfia todos los emperadores se esfuerzan en levantar termas donde los muelles descendientes de Caton pasan los dias enteros en las delicias del baño. Despues de las de Tito, y de cuya perfeccion están sin embargo muy lejos, son notables las termas de Caracalla y las de Diocleciano.

En los dos arcos de Septimio Severo, se ve lo mucho que las artes habian decaido desde los tiempos de Tito. Y aun el magnífico arco de Constantino está construido en gran parte con los restos de otro de los tiempos de Trajano, viéndose en lo poco que pertenece al hijo de Santa Elena la agonía del arte; sin embargo que no se puede perder de vista que por aquel tiempo se verifica un reuacimiento greco-oriental en la nueva corte de Constantinopla.

Meditando un poco sobre los monumentos arquitectónicos que dejamos reseñados; el historiador filósofo traducirá en ellos la idea de la grandeza material del imperio, reflejada en las proporciones colosales de las obras de aquel arte. El coliseo era capaz de contener mas de cien mil espectadores; el sepulcro de Adriano tiene por base un cuadro de 275 pies de lado, en el cual descansa una rotonda de 200 de diámetro.

En los bajos relieves y figuras que adornan estas mismas obras es donde deben estudiarse los progresos de la *escultura*, que sufrió las mismas vicisitudes que el arte arquitectónico. Mucho mas que á la arquitectura, perjudicó á la escultura el estragado gusto de los emperadores. El divino Neron hacia dorar las obras del famoso estatuario griego Lisipo. Por otra parte la estatuaria fué siempre en Roma un arte puramente griego, como puede observarse en las mejores obras que ostentan los magníficos salones del museo del capitolio moderno, dichos *de los emperadores, de los filósofos y del gladiador*. Sabemos además que solo del templo de Delfos, se sacaron 500 estatuas de bronce para adornar el palacio de oro de Neron. No se olvide, en fin, que la escultura es arte puramente bella y que por lo tanto no pudieron los romanos sobresalir aquí como en la arquitectura.

Por la misma razón no nos estrañará lo rezagado que en Roma estuvo siempre el arte de la *pintura*. Ya en tiempo de Octavio, el famoso Didio recargaba los techos y las paredes de las casas con tanta profusion de colores que imitado su ejemplo despues, precipitó el arte en la mas lastimosa decadencia. De poco sirvieron los clamores de Vitruvio contra tamaño abuso. Plinio que vivia en los tiempos de Vespasiano y Tito, llama á la pintura de sus dias *arte moribundo*, lo cual, sin embargo, no impide que

de vez en cuando aparezcan algunas obras de sobresaliente mérito, como lo hemos hecho notar hablando de las termas de Tito.

El siglo de Augusto tenia que ser el siglo de oro de la literatura romana. Varias razones esplican este hecho. Octavio habia dado la paz al mundo, cerrándose por tercera vez durante la larga duracion de la historia de Roma el templo de Jano. Concentrando el rival de Antonio en su mano todos los poderes, habia ahogado, digamos así, las pasiones políticas y militares, por lo cual los ciudadanos no tenian otro recurso que entregarse á gustar las obras del ingenio. Por otra parte Augusto era muy aficionado á los hombres de letras, quizá mas que por vocacion por política. Por esto se rodeó de los hombres mas amantes de la cultura y del saber, como Mecenas, Mesala y Polion, que bien por la proteccion que dispensaban á los sábios, bien por sus escritos, dieron un extraordinario impulso á aquella civilizacion

Pero tambien la literatura, singularmente la poesia, estaba calcada sobre los modelos griegos. La imitacion griega dió á la literatura romana gran brillantez y perfeccion en su elemento estérno, que contrastaba con lo pobre de su sentido íntimo. Debiendo el arte llenar el vacío de la inspiracion, el desequilibrio extraordinario entre el fondo y la forma llevó á la literatura precipitadamente á su decadencia, así como el desequilibrio político entre los tres elementos del imperio; los Césares, el pueblo y los soldados, acabaron con la existencia de Roma.

Virgilio, Horacio y Ovidio forman el gran triunvirato poético del siglo de Augusto.

Virgilio es sin disputa el príncipe de los poetas latinos. Bajo formas seductoras supo siempre espresar las ideas políticas de Augusto y Mecenas que fueron sus de-

cididos patrocinadores. La *Eneida* es un monumento levantado á las glorias nacionales , que procura enlazar el poeta con las de la familia de Augusto, legitimando de este modo el establecimiento del imperio. En las *Eglogas* domina el pensamiento de hacer gustar á los grandes, disfrazados allí bajo el humilde pellico del pastor , las delicias del campo , haciéndoles de esta suerte olvidar fácilmente el dominio que acababan de perder. Pero donde sin duda domina un pensamiento altamente patriótico es en las *Geórgicas*, que por lo mismo son el mas bello florón de la literatura del Lacio. Trata en ellas Virgilio de aficionar á los romanos á los trabajos del campo que habian sido su ocupacion favorita en los primeros tiempos , y conservando sus costumbres puras , habia hecho que sus armas le dieran el imperio del mundo.

En Horacio se descubre el mas fiel retrato del romano de aquellos tiempos. Es un escéptico que deja la sátira para pulsar la lira cuando Mecenas y Augusto le dispensan sus favores. Sin embargo , preciso es confesarlo, el genio de Safo y Pindaro no encontró en Roma un intérprete tan digno como él. Escribió sátiras , epístolas y odas, reflejando siempre un profundo conocimiento del hombre y de la sociedad.

Si Ovidio no hubiera abusado de sus grandes talentos poéticos y de su fogosa imaginacion , habria sido el primer poeta de Roma. Pero desbordándose sus pasiones, estravióse su númen, y á vueltas de mal gusto, casi todas sus obras destilan profunda inmoralidad. Son notables por el sentimiento y el lenguaje las *Heroidas*, las *Metamorfosis* y los *Fastos*.

El carácter dominante de los demas poetas del siglo de Augusto es la lucha entre el espíritu profundamente innovador de los Sénecas y Lucanos , que presentian la

nueva civilizacion y el clasicismo mas razonable en la apariencia , pero en realidad eminentemente reaccionario de los discípulos de Quintiliano. En semejante lucha queda la poesía tan mal parada , que á escepcion de la *Farsalia* de Lucano , llena de patriotismo en el fondo y las formas, todo lo demas, ó son hinchadas declamaciones que se pierden en el espacio , ó pálidos reflejos y pretenciosas parodias de la dulce musa del cantor de Mantua

La sátira es el único género que prometia buen éxito en un siglo de tan espantosa inmoralidad. ¿Pero quién se atreveria á pisar un terreno siempre resvaladizo y lleno de espinas, mucho mas ocupando el trono de los Césares los Tiberios , Neronés y Domicianos? Persio y Juvenal, sin embargo , empuñan el látigo , por ver si pueden enderezar á aquella sociedad degenerada: pero las diez y seis sátiras del poeta de Aquino , lejos de corregir destilan veneno , que van á libar los que, habiendo ya apurado la copa del deleite, buscan fuertes sensaciones para desembotar sus sentidos y abrirlos á nuevos goces. Puede decirse que Juvenal es el último poeta romano. En tres siglos de agonía un Nemesiano y un Calpurnio , un Claudio y un Rutilio son los *grandes génios* que nos presenta la moribunda ciudad.

Algo mas felices fueron los prosistas latinos. Y era natural teniendo en cuenta lo que dijimos al estudiar el arte. Ciceron cultivó con rara felicidad casi todos los géneros. Despues llenan el siglo de Augusto, Tito Livio, Quintiliano, los dos Plinios y Tácito. Este último es el censor mas implacable de los vicios y crímenes del imperio. Sus anales están escritos con hiel y sangre.

La corrupcion del arte es ya muy marcada en todos los escritores desde Quintiliano. La oratoria que inmortalizó á los Gracos, á Ciceron y á Hortensio, estaba destinada

á morir desde que en *Actium* quedó sepultada la libertad. En vez de los arranques varoniles de la imaginacion vivamente impresionada por la importancia del objeto, no se ven mas que frias declamaciones y rastreros panegiricos. La historia que habia tenido su Herodoto, en César y Livio; su Plutareo, en Cornelio Nepote; su Tucídides, en Salustio y Tácito, carece ya de intérpretes; y solo en el siglo IV aparece la pobrísima *Historia augusta*, y las no mucho mas ricas producciones de Aurelio Victor, Eutropio y Amiano Marcelino. Este es el que mas vale; pero aunque no carece de plan ni de crítica, es pesadísimo en las formas y casi bárbaro en la espresion, revestida por otra parte de artificio retórico, que revela el tristísimo estado de la cultura literaria.

Los romanos no fundaron ninguna escuela de filosofía. Las especulaciones filosóficas aveníanse mal con el sentido eminentemente práctico del pueblo de Rómulo. Caton no cesaba de declamar contra los filósofos, proponiendo se los espulsara de la ciudad. Mas tarde puso en práctica sus consejos, aunque con bien distinto fin, el emperador Domiciano. Sin embargo, todas las declamaciones de los ciegos partidarios del antiguo espíritu de la ciudad no bastaron á impedir la influencia que en esta como en las demas esferas de la cultura ejerció Grecia sobre Roma.

El primero que dió á conocer á los romanos la filosofía griega, fué Ciceron. Ardiente admirador del espíritu de los helenos, habia estudiado los sistemas y asistido á las esplicaciones de todos los filósofos que en su tiempo florecian en Atenas. Tenia grandes talentos filosóficos, como lo prueban sus libros *de republica*, *de natura deorum*, y sobre todo el inimitable *de officiis*, y hubiera de seguro fundado un sistema, si hubiese leído menos y meditado mas. Pero se contentó con propagar en su patria

los fundados por los griegos, sin dar la preferencia á ninguno, hasta que por fin se decidió en la práctica por el de los estóicos, y en la teoría por el de la nueva Academia, cuyo fundador habia sido Arcesilao.

En otro lugar hemos notado la lucha entre el estoicismo y el epicureismo, que se disputaban en Roma el campo de la filosofía. El pueblo romano sumergido en el deleite profesaba por instinto las doctrinas de Epicuro. Los grandes, mas corrompidos todavía que el pueblo, en la práctica eran epicúreos, mientras, como Séneca, en hipócritas frases mostraban una predilección que no tenían por las doctrinas del pórtico. En la jurisprudencia dominó siempre el elemento estóico, y menester es confesar que aquella ciencia le debe gran parte del esplendor que alcanzó en los tiempos de Alejandro Severo y Ulpiano, que pertenecian á dicha escuela.

Pero la filosofía, sin embargo, no ejerció tal influencia, que llegara hasta moralizar las masas; y la corrupción mas espantosa siguió minando los cimientos del Imperio, al propio tiempo que la superstición llegó á su colmo lo mismo en la Religión que en la ciencia, que en la filosofía, como resultado del espíritu oriental que los Flavios llevaron al Imperio, combinado con las tendencias exageradamente místicas de los Antoninos.

Con esta coyuntura parece como que el paganismo iba á reanimarse; y en efecto, viéndose sin apoyo ni en las doctrinas de los filósofos, ni en las de los declamadores, que por entonces puede decirse dirigian á su arbitrio la conciencia pública, abrazó con entusiasmo el neoplatonismo con sus tendencias á lo misterioso y sobrenatural, mezcla confusa de las doctrinas platónicas, órficas, pitagóricas, egipcias, orientales y aun cristianas.

El fundador de esta escuela fué Ammonio Sakas,

llamado así por haber sido en sus principios mozo de cordel, el cual propagó sus doctrinas á fines del siglo II en Alejandría, á donde, digamos así, se habia refugiado toda la filosofía de Oriente y Grecia. Sus doctrinas fueron enseñadas en Roma por su discípulo Plotino, que no contento con lo que habia aprendido de su maestro, se entregó por sí mismo con el mayor entusiasmo á especulaciones sobre las relaciones entre la naturaleza divina y la humana, inspirándose en las doctrinas de los persas é indios, con ocasion de haber visitado el Oriente cuando la expedicion de Gordiano el jóven. Vivió en Roma veinte y cinco años y murió en una ciudad de la Campania.

Las doctrinas de Plotino fueron llevadas al Oriente por el filósofo etrusco Amelio que estableció su escuela en Apamea de la Siria. Al mismo tiempo las propagaba desde Roma por todo el Occidente Porfirio, el mejor de los discípulos de Plotino, el cual ordenó las famosas *Eneadas* de su maestro, y escribió su biografía.

El Neo-platonismo con sus tendencias fanáticas y supersticiosas, habia de llevar á la impiedad, porque es indudable que los extremos se tocan, y « así como en el siglo XVIII encontramos al lado de un Cagliostro y Mesmer un Voltaire y los enciclopedistas, así en el siglo III aparecen al lado de los visionarios, májicos y taumaturgos, un Luciano y un Sexto Empírico, el mas atrevido campeón del escepticismo que combatió con sistema y talento toda certidumbre y toda ciencia (1). »

Fueron campeones del neo-platonismo ademas de los ya dichos, Jamblico, Hierocles y Proclo.

Acabamos de asistir á los funerales del pueblo-rey,

(1) Weber, traduc. del Sr. Sanz del Rio. T. I, pág. 384.

cuya arrogancia parecia desafiar los siglos. Vimos que por separarse de las tradiciones de su historia, que le habian dado el dominio del mundo, cae en la mas triste decadencia, efecto de la demasiada estension de sus conquistas, de sus luchas intestinas y de la pasmosa corrupcion de costumbres, á cuyas causas se agregó despues el presentimiento de una renovacion universal. Por fin hemos tocado los efectos de semejante hecho en el órden religioso, en el político, en el social y en el de la cultura, habiéndonos horrorizado el cuadro espantoso que la sociedad romana ofrece en sus últimos tiempos.

Afortunadamente los pueblos modernos encierran dentro de sí elementos de vida que no les dejarán llegar á tan deplorable estremo. Pero que no miren con indiferencia las lecciones de la historia, mucho mas si son tan elocuentes como las que les ofrece el imperio romano en su decadencia.—He dicho.

Guadalajara 11 de Junio de 1863.

José Servaudez Saucedo.